

EL CAMINO ROJO A SABAIBA

FARSA TRÁGICA EN DOS ACTOS



## PERSONAJES

Fabián Romero Castro	Mayo
Zacarías Fajardo	Fausto
Sor Joaquina del Monte Carmelo	Apoderado
Maromero	Ama
Capitán	Celso
Efrén Pesqueira	Cantinerero
Parroquiano	Marino I
Raúl	Marino II
Fermín Vega	Celso viejo
Doña Lichi	Eustolio
Viejo	José
El bien nacido Arbel Romero	Dama de Compañía I
La bien amada Carmen Castro	Dama de Compañía II
Hombres y mujeres del pueblo	
La siete veces digna Gladys de Villafoncurt	

## Primer acto

*La noche es oscura, huracanada. Una fuerte tempestad amenaza a la tierra. Los relámpagos, los rayos y los truenos hacen una circunstancia primigenia. La lluvia empieza a caer intermitente y gruesa. Entra un hombre vestido de soldado, el grado es teniente, y al entrar se tropieza con unas cabras que están echadas en el suelo. Se asusta.*

*Las cabras también se asustan; se mueven, balan, y esto lo tranquiliza. «¡Ah!, son cabras», dice como para curarse del miedo. Un hombre que se halla echado en un rincón enciende una lámpara de petróleo, lo que se traduce en otro sobresalto para el teniente, que se llama Fabián. El hombre de la lámpara habla como despreocupado: «Sí, son cabras», dice, y enciende un cigarro. Zacarías Fajardo, que así se llama el hombre de la lámpara y del cigarro, se queda como rumiando la palabra «cabra» mientras chupetea afanosamente el cigarro: «son cabras, cabras, son cabras. ¿Le tienes miedo a las cabras?»*

FABIÁN: ¿Quién es usted?

ZACARÍAS: Mucho tardaste para entrar al castillo; te vi pasar por esa puerta, por allí hubieras entrado más fácil y no te hubieras mojado nada. *(Pausa.)* En la tarde cayó granizo.

FABIÁN: Sí, estaban blancos los caminos.

ZACARÍAS: Es muy raro que caiga granizo con este calor; para allá para arriba los arroyos son de hielo, corren los granizos como espuma... Pero aquí, a la orilla del mar y con este calor que hace todo el año, nunca había pasado. Todos los pescados se fueron lejos, asustados, y regresarán las barcas vacías, sin lisas y sin mojarras. Mañana no habrá nada en el mercado y los pescados volverán a los canales hasta pasadas cuatro semanas.

FABIÁN: ¿Estamos a la orilla del mar?

ZACARÍAS: Estamos a la orilla del mar.

FABIÁN: (*Reflexivo.*) Entonces estuve caminando hacia el poniente.

ZACARÍAS: Estuviste caminando hacia el poniente.

FABIÁN: ¿Cómo lo sabe usted? ¿O le gusta repetir todo lo que digo?

ZACARÍAS: Aquí hay un trago y hay cigarros.

FABIÁN: Gracias, no tengo ganas de beber; más bien preferiría comer algo...

ZACARÍAS: Es vino de ayale; es mejor que la comida, te va a dar fuerza y te va a relajar bien para que descanses.

FABIÁN: (*Toma la bola de ayale.*) Gracias.

ZACARÍAS: No me gusta que des las gracias.

FABIÁN: Es la costumbre.

ZACARÍAS: Es una mala costumbre, ¿quién te la enseñó?

FABIÁN: Mi madre.

ZACARÍAS: ¿Y tu padre qué te enseñó?

FABIÁN: Nada. No lo conocí, no lo recuerdo. Nunca se habló de él. Supongo que estará muerto.

ZACARÍAS: Si yo hubiera sido tu padre... Porque podría ser tu padre.

FABIÁN: No lo creo, somos casi de la misma edad.

ZACARÍAS: Así parece, pero es solo la apariencia. Debo de tener veinte, veinticinco o cuarenta años más que tú. Si yo hubiera sido tu padre te hubiera enseñado a no darle las gracias a nadie.

FABIÁN: ¿Qué decir entonces?

ZACARÍAS: Nada, no se agradece; nos ofrecen, nos dan, tomamos, es todo. Eso de decir gracias a cada rato no significa nada. Bebe, bebe, te va a gustar.

FABIÁN: Gracias. (*Bebe.*) Sabe dulce. (*Bebe.*) Está muy bueno. (*Bebe.*) Está realmente delicioso. ¿No le importa si bebo más? (*Bebe.*)

ZACARÍAS: Todo el que gustes.

FABIÁN: Ayale.

ZACARÍAS: Ayale. ¿Conoces el árbol?

FABIÁN: Claro, es un árbol que tiene las hojas en forma de cruz.

ZACARÍAS: Un día que Dios estaba muy aburrido decidió hacer un árbol y le puso muchas crucecitas en las hojas para que no se acercara el malo, el diablo; y entonces Patas de Chivo, que así me gusta nombrarlo, muerto de coraje, le jondió con unas piedras y se quedaron pegadas en el tronco y se convirtieron en el fruto del árbol. De allí se hace este vino maravilloso que alimenta tanto.

FABIÁN: Ya se acabó, ¿no importa?

ZACARÍAS: Tengo más, me quedan aquí otras dos bolas llenas, si quieres.

FABIÁN: No, gracias, está bien, quizá más tarde...

ZACARÍAS: Nosotros cortamos las hojas del ayale y las ponemos en las puertas y ventanas para que no entren las centellas ni caigan rayos; pero lo que más nos gusta son estas bolas que es la fruta y que es obra de Patas de Chivo. (*Ríe.*) Dice que a todo el que bebe su vino lo hace su compadre; así que ya sabes, por si quieres pedirle algo.

FABIÁN: No crea que soy un hombre que se asusta fácilmente. Soy soldado y me he visto en el campo de batalla luchando contra la misma muerte. Ahora mismo vengo de la guerra; se ha estado formando una revuelta para tumbar al gobierno porque dicen que es injusto y malo. Soy teniente de nuestro glorioso Ejército y pertenezco al Noveno Batallón de Infantería que comanda el general Ceferino Plata. Por allí unos revoltosos nos tendieron una emboscada cerca de Cerro Viejo y nos dispersamos, teníamos que reunirnos en Batacudea, donde la plaza es nuestra, pero yo... ¿Cómo supo que caminé hacia el poniente?

ZACARÍAS: Lo supe porque mi teniente llegó al mar; el mar con sus barcos y sus cangrejos queda hacia el poniente. Lo supe porque ya estoy viejo y los viejos saben muchas cosas que se aprenden durante toda la vida. Todos los que vienen por tierra vienen del oriente, como el sol, aunque vaya por el cielo. ¿Mi teniente llegó por barco?

FABIÁN: No, señor.

ZACARÍAS: No hay ciencia; mi teniente caminó hacia el oeste.

FABIÁN: Y estoy en un castillo a la orilla del mar.

ZACARÍAS: A la orilla del mar.

FABIÁN: Pues sepa, señor, que en toda esta región no hay castillos; además debería escucharse el rumor del mar y yo no he oído nada.

ZACARÍAS: Quizá mi teniente sepa muchas cosas del Ejército y las armas. ¿Sabía mi teniente que los caracoles cantan? Si mi teniente no ha escuchado el canto de los caracoles no puede saberlo todo. Ahora que si quiere saberlo todo, quizá pueda decírselo su compadre; mi teniente bebió su vino y le gustó, eso no siempre pasa.

FABIÁN: Usted está borracho, usted me dio a beber un bebedizo que no sé qué cosa sea y trata de asustarme. Soy un valiente soldado de nuestro glorioso Ejército, ya se lo dije.

ZACARÍAS: Pero mi teniente caminó hacia el poniente.

FABIÁN: Me perdí, equivoqué el rumbo.

ZACARÍAS: (*Ríe.*) ¡Cómo equivocarse cuando que al oriente están las altas cordilleras y la sierra, que se pueden ver de cualquier parte, y al poniente, cualquiera lo sabe, la costa y sus llanos! Mi teniente es un desertor de su glorioso Ejército, no es valiente ni es buen soldado.

FABIÁN: No es verdad lo que me dice, le juro por la sagrada memoria de mi madre que algo me pasó, perdí el rumbo, me hallé como un ciego sin noción de los puntos cardina-

les. (*Se apacigua, sorbe los restos que quedan en la bola de ayale y sonríe un poco.*) O a lo mejor vine a que mi compadre me enseñara todo y a escuchar luego el canto de los caracoles.

ZACARÍAS: (*Entusiasmado.*) Poniéndose un caracol en la oreja se oyen las olas del mar, y poniendo la oreja en una ola se escucha el canto de las caracolas. Mi teniente tiene que ir mañana temprano hasta la playa, acercarse a las olas y ponerles la oreja; pero mañana, ahora le conviene descansar. Mi teniente ahora está muy cansado, agotado, los hombros y la espalda resienten ya el cansancio, la cabeza pesada, muy pesada; descanse, hágame caso, yo soy su amigo, soy Zacarías Fajardo, para servir a mi teniente y a Dios.

FABIÁN: Gracias, yo me llamo Fabián, Fabián Romero.

ZACARÍAS: ¿Romero?

FABIÁN: Fabián Romero, a sus órdenes.

ZACARÍAS: ¿Cuál es el apellido de tu madre?

FABIÁN: Castro.

ZACARÍAS: ¿Y su gracia?

FABIÁN: Carmen.

ZACARÍAS: (*Muy asombrado.*) Dios libre a todos de ti, Dios los libre; llegaste ya, Fabián Romero, llegaste; pero has llegado tarde. Te trajeron las lluvias de granizo y paraste en el castillo de Aztlán; eso es malo. Dios libre a todos de tu ira, Fabián Romero Castro, hijo de la bien amada Carmen Castro. Pero llegaste tarde, llegaste demasiado tarde. (*Sale.*)

FABIÁN: No se vaya. ¿Qué dice? No lo entiendo. ¿A qué llegué tarde?, ¿por qué me dice usted eso? ¡Está loco, está usted loco y borracho! (*Le grita.*) ¡Estás loco, Zacarías Fajardo, estás loco, loco de remate, te lo digo yo, el teniente del Noveno Batallón de Infantería, Fabián Romero Castro!



*Fabián, entre irritado y temeroso, y entre que se decide y no a seguir al hombre que ha salido, trata de encontrar una justificación a todo aquello. Regresa sobre sus pasos. La escena se ha ostensiblemente iluminado, en ese momento se da cuenta de que ya no están las cabras, no se dio cuenta cuando salieron; el espacio ahora está limpio y arreglado, y allí, en el mismo sitio, de pie y sosteniendo entre una de sus manos un candelabro, se halla una hermosa monja que sonríe con amabilidad y con una mirada curiosa. Esta monja, sobrina del ama, es sor Joaquina del Monte Carmelo.*

SOR JOAQUINA: No grites así, hermano, no arranques el sosiego a quienes descansan. Vas, con ese estrépito, a despertar a todo el convento. ¡Vaya, un jenízaro en casa! ¿Por dónde entraste?

FABIÁN: Buenas noches, hermana, ¿cómo llegó hasta aquí?

SOR JOAQUINA: El que llegó fuiste tú, jenízaro; yo estoy en el sitio que el Todopoderoso me asignó como morada.

FABIÁN: Cuando entré a guarecerme de la lluvia vi que entraba a una finca en ruinas.

SOR JOAQUINA: El mundo que vivimos es una ruina.

FABIÁN: No había techos ni ventanas...

SOR JOAQUINA: Y si no había techos, ¿cómo entonces, hermano, pretendías guardarte de la lluvia y del polvo de los rayos?

FABIÁN: Pensaba que quizá más adentro, en otra estancia...

SOR JOAQUINA: Ni la vista es el mejor sentido para obtener el conocimiento ni la luz de los relámpagos es mejor que la del sol para conocer las cosas que el ha creado. Lo que vemos por primera vez nos resulta engañoso; para conocer las cosas hay que verlas mucho tiempo, hay que verlas lentamente y descubrir todos sus ángulos, hay que ir hasta el fondo de ellas y verlas otra vez por fuera y así poco a poco se va aprehendiendo lo que nos rodea. Ver bien, decían los abuelos; ver bien, develar, Fabián, quitar velos.

FABIÁN: ¿Cómo supo mi nombre?

SOR JOAQUINA: Es usted, teniente, un hombre educado, espero sepa disculparme que lo haya estado tuteando.

FABIÁN: Puede hacerlo, hermana, se lo ruego.

SOR JOAQUINA: Teniente del Noveno Batallón de Infantería Fabián Romero Castro, acabas de gritar tu nombre; lo gritabas como loco por aquella puerta, yo estaba allí parada y te escuché. Soy la hermana Joaquina del Monte Carmelo y para algunos que me tienen aprecio soy la hermana Quina.

FABIÁN: Estuve hablando con un hombre que acaba de salir, a él le gritaba; Zacarías Fajardo me dijo que se llamaba.

SOR JOAQUINA: (*Muy sorprendida.*) ¡Zacarías Fajardo! Dios lo haya perdonado. Muchas culpas seguramente guardabas, Zacarías, para que tu alma por tantos años siga penando. (*A Fabián.*) Vamos a rezarle un padrenuestro por su eterno descanso. «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Que venga tu reino, que se haga tu voluntad en la tierra así como se hace en el cielo. Danos hoy el pan que necesitamos. Perdónanos el mal que hemos hecho, así como nosotros hemos perdonado a los que nos han hecho mal. No nos pongas frente al pecado sino líbranos del malo, de sus obras, de sus tentaciones y del brebaje del ayale; porque tuyo es el reino, tuyo es el poder y tuya es la gloria por siempre de los siempres, amén». (*Pausa.*) ¿Te sientes mal?

FABIÁN: (*Suda frío.*) Soy un soldado con grado de teniente en el Noveno Batallón de Infantería que comanda el general Ceferino Plata. Me siento bien, señora.

SOR JOAQUINA: Señora, señora... Nunca nadie antes me había dado el título de *señora*.

FABIÁN: Perdón, hermana.

SOR JOAQUINA: No hay de qué preocuparse, me gustó lo de señora. Dime Quina.

FABIÁN: De ninguna manera, hermana.

SOR JOAQUINA: Hazlo y cura mi pasión de ánimo. (*Como cuidándose de no ser escuchada por nadie.*) No puedo ser dichosa en este bosque de manglares. Llegan los meros y las toninas a los esteros y se desbordan las aguas saladas, pasan mostrando el lomo como una balsa plateada y la luna se entretiene entre las hojas de los mangles espiando el desfile de peces por los canales. No me queda más que asomarme por la barda del convento y ver a la gente que pasa; pasan los campesinos sudorosos sin sus camisas y con las espaldas bien relumbrantes oliendo a sobacos y a ramas. Miro llegar a los pescadores en sus barcas y cuando llegan las aguas se desbordan y dejan las orillas blancas de pura agua cristalizada.

FABIÁN: Yo no quiero molestar la paz del claustro; la lluvia ya ha amainado, voy al pueblo a buscar una pensión para pasar la noche.

SOR JOAQUINA: Si no conoces el camino caerás a los canales. A veces entran algunos tiburones que han perdido el rumbo y allí los pescadores los matan; cuando se pierde el rumbo es que la muerte ya ha llamado. El pueblo no está lejos del convento, aquí puedes pasar la noche. Podríamos juntos disfrutar de la bóveda celeste de un cielo relavado. (*Se quita la cofia y se suelta el pelo.*) No habías visto mi pelo, ¿verdad?

FABIÁN: No.

SOR JOAQUINA: ¿Y no lo imaginabas?

FABIÁN: No.

SOR JOAQUINA: ¿Pero habías pensado en él, supongo? El pelo es importante.

FABIÁN: No... Sí, sí... No.

SOR JOAQUINA: Este es mi pelo. Tócalo, tócalo, tócalo.

FABIÁN: Yo...

SOR JOAQUINA: (*Muy infantil.*) No es malo, hazlo.

FABIÁN: (*Lo hace.*) Qué suave es, qué suave.

SOR JOAQUINA: (*Ríe.*) Toca mi piel.

FABIÁN: Qué piel tan delicada tienes y qué bonita forma de labios.

SOR JOAQUINA: ¿Te parezco hermosa?

FABIÁN: Sí, muy hermosa, muy hermosa.

SOR JOAQUINA: (*Se separa de él.*) Seguramente has visto otras mujeres más hermosas que yo.

FABIÁN: No, nunca.

SOR JOAQUINA: Creo que eres un halagador y un embustero. Las mujeres de estas tierras tienen fama de ser muy bellas.

FABIÁN: Es verdad, las hay preciosas, pero ninguna de las que he visto se te compara.

SOR JOAQUINA: (*Le toma una mano y la coloca sobre el pecho izquierdo.*) Palpa mi corazón, mira cómo se agita, ¿lo sientes? Parece que te conoce y sabe que vienes a curar mi pasión de ánimo.

*La monja suavemente levanta la mano y toca la mejilla de Fabián para quedar frente a frente. Se miran a los ojos con miradas empañadas y ella, entrecerrando los párpados, le ofrece los labios. Fabián se encuentra agitado, terriblemente sobresaltado y sexualmente excitado; acerca sus labios a los de ella, pero cuando apenas los ha tocado para besarla, siente que la sangre le llena la cabeza y se separa bruscamente de ella.*

FABIÁN: No puedo, no puedo. Soy católico, apostólico y romano, no puedo. Creo en Dios y lo respeto y respeto a sus siervas, que a él se han consagrado.

SOR JOAQUINA: (*Con una sensualidad infantil.*) Esto que hacemos no es malo. ¿No dijo el Señor que nos amáramos? ¿No fue su mensaje de amor por sobre todas las cosas? ¿Hay en la Biblia alguna página que diga que los seguidores del Se-

ñor no pueden curar sus pasiones de ánimo? Fabián, Fabián, cura este dolor extraño, me fugaré del convento si así lo exiges y me llevarás luego a pedirle perdón al Santo Padre. Te seguiré por donde quiera que vayas, iré besando la huella de tu planta, nos iremos sobre el lomo de las toninas y los meros a pasear por todos los canales, haremos un recorrido por los manglares y que luego nos lleven a Roma cruzando todos los océanos. ¡Arráncame, Fabián, esta pasión de ánimo!

FABIÁN: ¡Eres monja, eres monja, estás seguramente consagrada! No puedo, no puedo. Soy católico, creyente y respetuoso del creador del universo. Lo siento hermana, pero no puedo.

SOR JOAQUINA: Déjame abrir tu camisa para asomarme a tu pecho. (*Él se quita, ella entonces se coloca frente a él y se levanta el hábito.*) Mira, Fabián, esto que nadie ha mirado. Aquí guardo la virginidad y aquí anida mi pasión de ánimo.

*Fabián se cubre los ojos con las manos y voltea la cara inmediatamente; oye la voz de un anciano cerca de él; este anciano de grandes ojeras y de pelo blanco se llama Mayo.*

MAYO: Quina, deja al caballero, vete a dormir a tu celda, no andes correteando por el patio y no vuelvas a romper otra almohada porque mañana te pongo a recoger pluma por pluma desde el suelo hasta la copa de los árboles. (*Sor Joaquina se acerca a Mayo y le besa la palma de la mano, recoge luego su cofia y sale en silencio sin voltear al lado.*) Está loca, no le haga caso, es la sobrina del ama, se viste de monja y cree que está en un convento enclaustrada. No es mala, se pasa casi todo el día leyendo poesías en el jardín, sabe expresarse muy bien cuando habla y como sabe que es bonita inventó que es prisionera del claustro y espera a un caballero que venga a rescatarla. Los hombres que la han visto desnuda

dicen que en lugar de sexo tiene una tarántula. Pero está loca, según ella aquí todos estamos muertos y se pone a rezarnos padrenuestros cada vez que pasamos y lo hace con todos los que habitamos el castillo. (*Pausa, dulce.*) Y usted, es una pena que haya entrado por la parte oriente, que está totalmente destruida. Este es un lugar de huracanes, ¿sabe? Esta tarde granizó, nunca antes había pasado, se han subido las iguanas a las ramas más altas, los antiguos siempre interpretaron esto como un mal presagio. (*Muy en confianza.*) Hay además una lechuza que viene y canta todas las noches frente a mi ventana. ¿Entiende usted el canto de estas aves?

FABIÁN: No, señor, no lo entiendo.

MAYO: Hay muchos agoreros que saben explicarlo. Las lechuzas son los pájaros que hablan con los muertos, por eso guardan la mirada de espanto, porque saben cosas que las ánimas mantuvieron en secreto, y dicen que los secretos les pesan mucho a los muertos; hay que cuidarse de no morir con algún secreto. Si un día siente usted muy fuerte el peso de algún secreto, salga y que lo vean los montes, que tienen ojos; y que lo oigan las paredes, que oídos cargan.

FABIÁN: No, no guardo, señor...

MAYO: Si usted quisiera venir esta noche a asomarse por la ventana de mi cuarto tal vez pudiera entender algo, es insistente lo que dice. Luego repite lo mismo, lo mismo; todas las noches lo mismo, y yo no duermo. La veo a los ojos, me mira, nos miramos sin hartazgo. Ella se esfuerza, sé que sufre; trata de decirme las cosas con la mayor claridad posible, pero no comprendo cuál es su mensaje.

FABIÁN: No sé de qué me está hablando.

MAYO: No sé de qué me está hablando. Si usted quisiera hacerme ese pequeño favor yo podría volver a conciliar el sueño. Desde que llegó, hace tres semanas, no duermo. Llega y se para

en la rama de un sabino frente a mi ventana; «bubu bubu», me canta; «bubu bubu», insiste; y desde hace dos noches que la veo derramar abundantes lágrimas. Yo se lo agradecería, señor; sería, si usted quiere, su esclavo: me entiende lo que le quiero decir, su esclavo, y le serviría al haz de la tierra.

FABIÁN: Discúlpeme, señor, creo que usted debe dormir y yo también quiero descansar.

MAYO: No puedo dormir, no puedo; allá me está esperando para darme el mensaje.

FABIÁN: Busque otro cuarto que no tenga ventana.

MAYO: Debe ser algún mensaje importante. Llega al ponerse el sol y se va hasta que clarea. Allí debe de estar ya, solo hay que ir a asomarse por la ventana, es mínimo el favor que le pido. Preguntarle: «¿Qué quieres?, ¿qué deseas?» Ella trae el mensaje de los muertos, sabe lo espantable y conoce todos los secretos que tienen que ver con el equilibrio, con el tiempo, con la sed y la venganza.

FABIÁN: Yo nunca he hablado con... No sé, no conozco... Es decir... Mire usted, yo llegué aquí de la guarnición de Batacudea, porque en Cerro Viejo... No sé si deba explicarle todo... Perdí el rumbo, llegué aquí como si hubiera recibido un llamado.

MAYO: (*Cambia de actitud.*) Eres egoísta y eres obstinado. Claro que recibiste un llamado. Vienes a cumplir la promesa de tu madre, pero has llegado tarde. Bienvenido seas, Fabián Romero, recuerda que hay un pájaro de muerte que todas las noches canta en mi ventana; bienvenido seas, Fabián Romero, al castillo de la siete veces digna, Gladys de Villafoncurt, nuestra excelsa dama.

*Como por arte de encantamiento aparece la siete veces digna Gladys de Villafoncurt acompañada por dos damas que visten exactamente igual y que traen un tocado en la cabeza. Se encuentra también un*

*jorobado que usa medias, pantalón verde a la rodilla, camisa y un saco largo de color rojo; trae además un sombrero verde y usa bastón. La digna Gladys generalmente se haya siempre apoyada en la joroba de este hombre y en sus desplazamientos o bien avanzan juntos o bien ella camina y él llega hasta ella; otras veces es el jorobado el que marca el desplazamiento y ella llega hasta él, pero escasos segundos se hallan separados. Gladys es una mujer madura hermosísima. Viste con telas finísimas y con muy buen gusto. Es mesurada en sus movimientos, los cuales tienden más bien a ser lentos. Escucha siempre con mucha atención y antes de hablar medita bien las cosas.*

GLADYS: Mayo.

MAYO: Señora... (Pausa.) Aquí lo tiene, llegó puntual. (Señala a Fabián.)

GLADYS: Perfecto. (Pausa.) Es él, no hay duda, no hay duda; es impresionante.

MAYO: No habla mucho, es obstinado.

GLADYS: Todo corresponde; todos los rasgos corresponden, ninguno falta.

MAYO: (Muy preocupado.) No ha querido hablar la lechuza, yo no entiendo lo que dice.

GLADYS: ¡Mayo!

MAYO: He revisado nuevos libros y diccionarios.

GLADYS: ¿Nuevos secretos?

MAYO: Señora... yo...

GLADYS: Vete Mayo, creo que no sirves para esto.

MAYO: Es que...

*Gladys levanta la mano para callarlo y él obedece con humildad. Ella, sin perder el leve disgusto, dice como si le hablara al viento: «Que vengan los maromeros». Mayo, quien se ha quedado sumiso, sin levantar la cabeza responde con alegría: «Al momento», y des-*



*aparece por alguna puerta. Las damas de compañía acercan dos sillas para Gladys y para el invitado. El jorobado se echa a los pies de Gladys y ella vuelve a apoyarse en su joroba. Las damas de compañía siempre están vigilando cualquier movimiento de Gladys. Se oye una música de circo y aparecen dos maromeros que hacen un saludo muy circense y se ponen a hacer sus números. De cuando en cuando, Gladys da la orden de que aplaudan las damas de compañía y estas lo hacen, aunque parece que el único que se divierte allí es el jorobado. Los maromeros terminan sus números y se despiden con grandes caravanas, la música se acaba. Gladys se levanta y camina con su jorobado. Fabián, como hombre bien educado, se levanta en el momento en que ella se pone de pie. Gladys lo invita a sentarse con un ademán, pero él se queda detrás de la silla escuchando. Gladys se pasea de un lado a otro.*

GLADYS: Espero que le hayan gustado nuestros maromeros, teniente. (*Pausa.*) Fue lo único que se pudo conseguir para divertirlo. Yo sé que a ustedes los soldados les gusta otro tipo de diversiones, más frívolas y mundanas quizá, pero usted debe de comprender que en este lugar es difícil... Había que mandarlas traer de Corvera o de Cevallos, y el barco tarda por lo menos dos días.

FABIÁN: Me han gustado mucho, son estupendos.

GLADYS: No lo vi que aplaudiera, teniente. ¿No se acostumbra aplaudir los espectáculos en su tierra?

FABIÁN: Sí, señora, pero yo no conozco la costumbre de aquí, y como usted tampoco lo hacía...

GLADYS: Ellas aplaudían por mí, son mis damas de compañía del espectáculo.

FABIÁN: Si he sido descortés, le ruego que me disculpe.

GLADYS: Es usted un caballero.

FABIÁN: Para servirle.

GLADYS: Que venga el ama. (*Haciendo una caravana salen las dos damas.*) Va a ser una delicia tener en casa a un hombre tan bien educado; ahora que viva con nosotros va a disfrutar mucho... (*Entra el ama.*)

AMA: Señora.

GLADYS: ¡Ah! Ama, el señor va a vivir desde ahora con nosotros. Pueden prepararle la habitación del este, quizá él tenga que estar viendo hacia el oriente.

FABIÁN: (*Muy confundido.*) Discúlpeme, señora, creo que hay un malentendido, yo...

GLADYS: Ahora sabrá perdonarme, teniente; por ahora lo he recibido, está usted en su casa, más tarde nos vemos. (*Sale.*)

AMA: Tenga a bien seguirme, caballero.

FABIÁN: No, discúlpeme, yo tengo que aclarar algo; en principio, yo estoy aquí de paso.

AMA: Todos estamos, señor, en el mundo, de paso. Sígame, por aquí.

FABIÁN: Ama, quisiera antes platicar algo.

AMA: Aquí a todos nos gusta platicar; todos le van a platicar cosas, pero no crea todo lo que le digan porque hay pláticas engañosas; a veces también sucede que vemos cosas que no son y nos engañamos.

FABIÁN: Cuando yo me acerqué a este lugar estaba todo envuelto por la maleza.

AMA: Son grandes los jardines; todas esas plantas africanas las trajeron aquí y crecieron más de la cuenta.

FABIÁN: ¿Quién trajo plantas de África?

AMA: La señora Gladys.

FABIÁN: ¿Estuvo en África?

AMA: Hace muchos años. Tú no nacías todavía, Fabián Romero. En esta sala precisamente la señora Gladys oyó contar a su tía Alberta Leheira de Villafoncourt que en su viaje al

África había comprado en una subasta una esclava etíope en Addis-Abeba y se la llevó a su finca de Los Tules en Badiraguato, en donde tenía sembrado un extenso campo de amapolas. Mil maravillas contó la tía Alberta de Asmara, que así se llamaba la esclava. Asmara curaba con cantos, tejía, cultivaba la tierra, atendía la casa, invocaba a sus dioses para que lloviera, cocinaba muy bien y era obediente y buena. (*Entra Gladys con su jorobado.*)

GLADYS: Ama, parece que el viento ya no sopla, te encargas tú de eso.

AMA: Con todo gusto, señora. Hablaba de su viaje. La señora soñaba con tener una esclava etíope...

GLADYS: ¡Ah, sí! Yo soñaba con tener una esclava etíope comprada en Addis-Abeba y dispuse el viaje. Ama, ¿te acuerdas? Te encargo lo del viento. (*Va a salir, del otro extremo entra el capitán de un barco.*)

AMA: (*Al capitán.*) Un momento. (*A Gladys.*) Señora, le hablan.

CAPITÁN: El barco está listo, zarparemos en cuanto usted lo disponga.

GLADYS: Gracias, estaré en el muelle en media hora. ¿Subieron ya la jaula de codornices, capitán?

CAPITÁN: Todo está listo, señora.

GLADYS: Avise, pues, que zarpamos en media hora.

CAPITÁN: A sus pies. (*Sale.*)

GLADYS: (*Narra. Estas narraciones serán siempre al público y como una historia aparte, distinta de las demás historias que se cuentan.*) Mi marido, el bien nacido Arbel Romero de Villafoncurt, no quiso ir conmigo; aunque al principio, cuando se proyectó el viaje, se veía muy entusiasmado en acompañarme al África a mi compra maravillosa. Sin embargo, sin más ni más, dos días antes cambió de opinión. También hacía dos días que una mujer de bien, haciéndose pasar por

sirvienta, solicitó trabajo en el castillo y se le dio. Esta mujer estaba casada con un hombre que había sido muy poderoso al norte de la región; pero ella ansiaba, yo creo, un hijo que llevara la sangre de los Villafoncurt. Esta mujer, teniente, se llamó Carmen Castro.

FABIÁN: (*Sobresaltado.*) Es mi madre.

GLADYS: Y tu padre el bien nacido Arbel Romero de Villafoncurt. El parecido es impresionante, todos los rasgos corresponden, ninguno falta.

FABIÁN: (*A Gladys.*) Usted me está engañando no sé con qué fin. Yo entré a este lugar y no vi más que ruinas entre la maleza, luego me dieron a tomar un bebedizo que me ofreció Zacarías Fajardo...

AMA: No lo nombres, deja descansar en paz a los muertos. (*Entra de nuevo el capitán.*)

CAPITÁN: Señora, disculpe, me apena el asunto, pero nos dijo usted que zarparíamos en media hora; se echaron a andar las máquinas, soltamos las amarras y levamos las anclas. Hace más de una hora y cuarto que la esperamos. Fue usted quien dispuso la salida, la hora; es usted quien no ha sabido respetarla.

GLADYS: (*Furiosa.*) ¡No le permito, capitán, no se lo permito! (*Calmada.*) Si este retraso aumenta el costo del viaje estoy dispuesta a pagarlo; lo habla, por favor, con mi apoderado. Zarparemos a la hora que yo vaya, ¿de acuerdo?

CAPITÁN: A sus pies. (*El capitán sale. En una esquina está sentado Arbel, un hombre alto de bigote muy parecido a Fabián.*)

GLADYS: He retrasado el viaje para que lo pienses una vez más. Soñabas con la cacería en las colinas del África... (*Sale el ama.*)

ARBEL: Ni yo mismo he podido entenderlo, no sé qué me pasa; es una pasión de ánimo que me obliga a quedarme en casa.

GLADYS: ¿Ninguna reconsideración?

ARBEL: Ninguna. (*Pausa.*) Siento nostalgia de los hijos que me faltan.

GLADYS: Cuando hablamos de esto hay dos ruinas que me asaltan.

ARBEL: No pensar en eso, Gladys, no pensar en eso. (*Pausa.*) Pero me sucede que hay como un runrún que me sigue, como voces que me hablan por dentro, que preguntan por el hijo, por el heredero. Cuando veo la fortuna que tenemos, la gran extensión de tierra que nos pertenece, me pregunto: ¿para qué atesoramos riquezas?

GLADYS: Para una vejez tranquila.

ARBEL: No me seduce mucho la idea de ser viejo. Te deseo buen viaje. (*Se despiden con un beso.*)

GLADYS: (*Como narradora.*) El barco se hizo a la mar dando inicio a mi viaje. Todo el pueblo de Sabaiba fue a despedirme al muelle. ¡Qué lejos estaba yo de imaginar en ese momento de dónde le venía al bien nacido Arbel Romero su pasión de ánimo! Para antes del mediodía habíamos dejado ya el mar Bermejo y entrábamos al océano Pacífico. Pasamos por el Canal de Panamá cuando apenas lo inauguraban; allí supimos que Europa estaba en guerra y que había que rodear el África. Los primeros días no hubo contratiempos; cielo, mar, viento, calma; sol, estrellas y luna, todo en calma.

*Hay una presencia constante de la mayoría de los personajes; generalmente no salen del escenario, como si se vigilaran siempre, siempre. Entra el ama con una mujer muy hermosa de ojos verdes y de pelo largo. Esta mujer, de la cual ya se ha hablado, es la bien amada Carmen Castro.*

AMA: (*A Arbel.*) Mi señor, esta es la dama; su gracia es Carmen.

ARBEL: Dime una cosa, ama, ¿alguien te vio entrar con ella a esta recámara?

AMA: Un hombre que llegó hace poco al palacio, que la sigue, dice esta mujer, por todas partes. Zacarías Fajardo se llama.

CARMEN: Me sigue desde que salí de Tehueco, en las inmediaciones del Zuaque, de allá vengo; es un hombre que me ama y sabe lo que quiero.

ARBEL: ¿Y tú lo amas?

CARMEN: No, señor, todo lo contrario.

ARBEL: ¿Puedo pedir que lo maten?

CARMEN: Primero que le den a beber vino de ayale.

ARBEL: Ya lo sabes, ama; haz lo que tengas que hacer.

AMA: A sus pies, mi señor. Señor, señora. *(Sale.)*

*Se oyen gritos de hombres por todas partes y ruidos de cosas que se caen. Arbel, mientras tanto, destapa una botella de vino blanco, lo prueba, sirve dos copas y le ofrece una a Carmen; beben en silencio. Entra el capitán muy alarmado y se dirige a Gladys. Carmen y Arbel no oyen los gritos.*

CAPITÁN: ¡Señora!

GLADYS: ¿Qué sucede, capitán?, ¿qué pasa?

CAPITÁN: Es increíble, señora, es como un sueño, pero nos ataca un barco pirata.

GLADYS: ¿En pleno siglo xx?

CAPITÁN: Pero tenemos suficientes armas.

GLADYS: Han de ser holandeses, esos nunca dejaron de ser bárbaros.

CAPITÁN: Podríamos fugarnos usted y yo en una embarcación pequeña que ya tengo preparada, el Caribe no está lejos.

GLADYS: Yo voy al África, capitán, y usted para eso fue contratado.

CAPITÁN: No salga de su camarote, nadie se acercará al barco en el que usted viaja, de eso me encargo, y va mi vida de por medio.

GLADYS: Es usted un hombre muy valiente.

CAPITÁN: Y usted una mujer muy hermosa.

GLADYS: (*Seca.*) Gracias, capitán, vaya a defender la plaza.

CAPITÁN: Con permiso. (*Sale.*)

ARBEL: (*A Carmen.*) Me disculpará usted, señora, si tal vez hago preguntas que parezcan ociosas.

CARMEN: Supe la noticia en Tehueco. He caminado por caminos intransitados, a pie, a caballo.

ARBEL: Es usted hermosa.

CARMEN: Soy la mujer que anda buscando.

ARBEL: ¿De qué familia es?

CARMEN: Mi nombre es Carmen Castro Lavalle y Urrea, nieta de la digna Cleofas Urrea y de don Evelino Lavalle. Descendemos de conquistadores de honra y casta. Mi familia proviene de San Lorenzo de Tabalá, en donde la digna Gladys de Villafoncurt fue a ofrendar su virginidad y luego a llorarla mientras se lavaba.

ARBEL: Lo sabes todo.

CARMEN: Y nadie más. Me lo dijo una mujer muy en confianza, de Nío, se llama María Eustaquia, ella me manda. Necesitas un hijo; te lo puede dar esta que habla. (*Y se quedan bebiendo vino.*)

GLADYS: (*Narra.*) Perdimos algunos hombres en la imbécil batalla, el capitán se sintió héroe y se creyó insuperable. Había que atender a algunos heridos, era necesario hacer un alto; regresar a América nos haría perder muchos días, así que enfilamos rumbo al África, hacia las islas de Cabo Verde, que sería nuestra próxima parada luego de cruzar el Atlántico.

ARBEL: ¿Más vino, Carmen?

CARMEN: Por favor.

ARBEL: (*Como para sí.*) Ahora debe estar sobre el Atlántico.

CARMEN: ¿Señor?

ARBEL: Debe de saber que me interesa todo sobre usted. Dígame qué enfermedades han padecido sus antecesores.

CARMEN: Ninguna que sea incurable: sarampión, tifoideas, gripes, diarreas, males comunes que padecen todos los mortales. No hay locos ni trastornados.

ARBEL: Ahora vamos a tutearnos. (*Pausa.*) ¿Conoces la recompensa?

CARMEN: Mi familia es acomodada, nunca hemos recibido dádivas; no quiero joyas ni dinero.

ARBEL: Querrás algo.

CARMEN: Nada. Tendré un hijo, un Villafoncurt, para mi venganza.

ARBEL: ¿Y si es hija?

CARMEN: No lo será si lo engendras un martes o un viernes que haya luna nueva y que estemos echados sobre la tierra. Nos limpiaremos los cuerpos con leche de papayo macho y pondrás sobre mi vientre un poco de arena. Si no quedo preñada habrá que esperar otro ciclo, cuando la luna sea buena.

ARBEL: Quizá pase mucho tiempo.

CARMEN: Gladys tardará el necesario, si eso es lo que te preocupa.

AMA: (*A Fabián.*) La primera noche que pasaron juntos tu madre no quedó preñada, así que hubo que esperar otro ciclo lunar que llegara en un martes o un viernes; mientras estos días pasaban, tu madre encantaba a tu padre contándole cuentos.

GLADYS: (*Narra.*) Llegamos a la isla de Santiago y nos quedamos dos días en Barlovento. Luego volvimos a la nave para seguir hacia el Cabo de Buena Esperanza. Quien dijo que en el Ecuador el agua hierve dijo una gran verdad: vi las ámpulas con crustáceos rojos y el vapor al cielo. Para entretenernos por las noches, el capitán o algunos miembros de la tripulación contaban historias extraordinarias.



*Cantina del pueblo. Botellas y barriles. Mesas. Es de día. En la barra están Celso, hijo de Celso viejo o Celso padre, y con él está otro campesino llamado Efrén Pesqueira. El cantinero atiende detrás de la barra y en las mesas hay solo un parroquiano medio ebrio.*

EFRÉN: *(Al cantinero.)* Dame un poco de sal para la cerveza. *(A Celso.)* Eres un hombre extraño, Celso, como tu padre, muy extraño.

CELSE: Lindo día, de veras: hoy amaneció como si el día estuviera enamorado.

EFRÉN: Extraño, raro de veras, Celso, muy extraño como tu padre Celso viejo, que en paz descanse.

CELSE: *(Rumiando las palabras.)* Extraño, raro... *(Muy vivaz.)* ¡Ve!, simplemente veo lo que pasa. Cuando desperté esta madrugada y vi que estaba el cielo encendido de nubes anaranjadas comprendí que iba a pasar algo importante. ¡Linda mañana, Celso, buenos días!, me dije, y unas palabras salieron de mi boca sin que yo moviera los labios: «Algo extraño va a pasar en el pueblo», dijo alguien que dentro de mí hablaba. Tomé el café y me fui a la tierra. Empecé a barbechar con la yunta; al voltear la tierra salieron las lombrices y los gusanos y cuando llegué al extremo de la parcela, volví la mirada y parecía que había sembrado un surco de garzas.

CANTINERO: Raro, extraño... Eso que estás diciendo, por ejemplo, nadie lo dice.

CELSE: Pero así pasa: llegan las garzas a comerse las lombrices, todos lo ven. ¿O no lo ven?

EFRÉN: Pues yo miro las chingadas garzas y miro el surco, pero no veo esa cosa que tú juntas. ¡Cómo cabrones voy a pensar que yo sembré un surco de garzas!

CELSE: ¿Y no te gustaría sembrar garzas y que las vieras crecer como crecen el algodón o el cártamo, y que una tarde quizá,

o al amanecer, una mañana, levantarán todas el vuelo como una nube blanca que se eleva al cielo con escándalo?

EFRÉN: Pero tú estás fallo. ¿Cómo cabrones voy a sembrar garzas para que un día, después de trabajar en la siembra, se vayan todas volando? ¡Ni siquiera se comen las chingadas garzas!

CELSO: ¿Pero no te gustaría?

EFRÉN: ¿Para qué? ¿Qué me quedaría a mí?

CELSO: La satisfacción. Cuando las vieras pasar volando podrías decir con emoción: «Yo sembré esas garzas».

EFRÉN: ¿Y qué mierda iban a tragar mis hijos, mientras que el estúpido de su padre sembraba garzas?

CELSO: No es únicamente la comida lo que los hijos necesitan, Efrén. Un día que amaneciera el cielo blanco de alas que pasaran volando, con gran orgullo tus hijos podrían decir: «Mi padre sembró esas garzas».

PARROQUIANO: (*Desde su mesa, con entusiasmo.*) ¡Yo sembré esas garzas, pero se fueron las hijas de su pinchi madre! (*Como si les gritara a las garzas.*) A ver, putas, si regresan a sus guacalis. (*Al cantinero.*) Tú, ponli una cerveza al Celso de mi parti.

CANTINERO: (*Al parroquiano.*) ¿Tú quieres otra?

PARROQUIANO: Tráimela también, pero ponli una allí al Celso para que siga contando de sus garzas. (*A las garzas.*) ¡A ver, putas, si regresan a sus guacalis! (*Dolido.*) Méndigas garzas.

CELSO: (*Al parroquiano.*) Gracias por la cerveza. (*A Efrén, en broma; se refiere a la cerveza que le invitaron.*) Esta es la primera ganancia de mi siembra de garzas.

CANTINERO: (*A Celso.*) Tú has de ser de esos que les dicen poetas.

PARROQUIANO: (*Solo en su mesa.*) Y es que así son las viejas, como las garzas.

CANTINERO: (*Al parroquiano. Le entrega otra cerveza.*) Uno veinte.

PARROQUIANO: ¿Acaban de subir o qué?

CANTINERO: Le invitaste otra a Celso, ¿no?

PARROQUIANO: (*Mientras paga.*) ¡Ah, sí, pinchi Celso! Pa' que cuentis lo que dijites que iba a pasar importante en el pueblo por unas naranjas que vistes en las nubes. (*Concluyendo.*) ¡Ah!, pues allá iban las méndigas garzas; jeran garzas naranjeras! (*Reflexiona.*) Oyis, Celso, yo no conozco garzas que coman naranjas.

CANTINERO: (*A Celso.*) Tú has de ser de esos que les dicen poetas.

CELSE: Me levanté a orinar al patio; la espuma que levantaron los orines en la tierra dibujó una forma extraña y allí se quedó la espuma como congelada, como un trozo de panal, con un resplandor en cada celdilla que había formado. Todos los árboles estaban amarillos; el capulín y los guayabos. Pasó una bandada de pericos comentando algo; fue cuando vi que todo el cielo estaba cubierto de nubes anaranjadas, como si estuvieran prendidas por dentro, porque la luz amarilla casi se tocaba. «Algo extraño va a pasar en el pueblo», fue cuando me salió la voz sin que yo hablara. También contaba la mamá de mi mamá grande que hace muchos años amanecieron nubes anaranjadas y por la tarde cayeron aquellos granizales que ahuyentaron los pescados cuatro semanas y fue cuando, quebrando las gotas de la lluvia congelada, regresó al pueblo Marcela Luallo a cobrar venganza. Son días de ictericia, dicen los ancianos. Es como si el amarillo propiciara las venganzas. Hubo mucho desorden, aparecieron muchos fenómenos extraños: nació un niño con cuerpo de marrano y unos pescadores sacaron del mar una caguama con cara de mujer.

EFRÉN: (*Muy serio.*) No juegues con eso, ¡caramba! (*Atmósfera tensa.*)

CELSE: Ya amanecieron las nubes anaranjadas. (*Pausa.*) Si por la tarde tenemos granizales es que algo nos espera y debemos cuidarnos.

CANTINERO: (*Intenta romper la tensión.*) ¡Qué chingado granizo va a caer en este pueblo con el calor que hace! Aquí nunca nadie ha visto un granizo ni lo conocemos. ¡Tú has de ser de esos que les dicen poetas y estás inventando! Esa historia de los granizales es un cuento como el del diluvio, para que se asusten los tontos y agachen la cabeza.

*Es entonces cuando entra corriendo aterrizado Marino, un muchacho como de 17 años o tal vez menos. Empujó la puerta de la cantina y se detiene hasta la barra.*

MARINO: ¡Acaban de llegar unos hombres al pueblo con una mujer tarántula; dicen que la encontraron en Dautillos y la traen amarrada!

EFRÉN: (*Revisa la cara de Celso. A Marino.*) ¿Tú ya, Marino, la viste? ¿La viste, Marino? ¿Ya la viste?

MARINO: Nomás me dejaron ver una pata porque están cobrando y habla.

EFRÉN: Vamos a verla, Celso, a lo mejor es de lo que comentabas.

CANTINERO: Vuelvan luego para que me cuenten lo que pasa.

PARROQUIANO: Yo también voy porque ya me asusté con eso de las garzas.

*Salen todos. Entra el ama muy seria, se talla la cara con las manos y se limpia los ojos. Se dirige a Arbel y a Carmen.*

AMA: Mi señor, unos gañanes han reñido en el patio y han dado muerte a un buen hombre que llegó hace poco tiempo, de nombre Zacarías Fajardo. Mi señor, aunque estos hombres sean de tus sirvientes favoritos, deben ser castigados, así lo suplica mi sobrina, María Quina, la monja, quien dice que sentía por este hombre una pasión de ánimo.

ARBEL: Será como ella dice; se lo haces saber, ama. Dile que la justicia es el pilar más sólido del buen gobierno y de esta casa.

AMA: ¿Me puedo retirar?

ARBEL: (*Asiente.*) Gracias por tus servicios, ama. Por lo pronto que se castigue a esos hombres, con que en dos días no se asomen por la ventana.

AMA: (*Va a salir, se detiene y luego vuelve la cabeza para ver a Carmen.*) Tres bolas llenas de vino de ayale le preparé.

CARMEN: Gracias. (*Entra el capitán.*)

AMA: Aunque no se había terminado ni una cuando lo mataron. (*Sale.*)

CARMEN: Zacarías Fajardo, Dios te haya perdonado.

GLADYS: (*Narra.*) Ya teníamos más de un mes navegando cuando doblamos el cabo de Buena Esperanza...

CAPITÁN: (*Se acerca a Gladys muy nervioso.*) ¿Puedo hablarle?

GLADYS: Usted dirá, capitán.

CAPITÁN: ¿Le dice algo el nombre de Cabo Buena Esperanza?

GLADYS: (*Seria.*) Conozco algo de la historia de los navegantes portugueses, capitán, y admiro sus hazañas.

CAPITÁN: Necesito hablarle de algo que me está quemando. Nunca antes, señora, nunca, en todos mis anteriores viajes, había sentido que el mar era tan vasto. Siempre hay muchas cosas que hacer en el barco y las horas se pasaban volando; ahora los días se me hacen terriblemente pesados, largos; es como si yo soportara el agua en mi espalda, es como si el sol se quedara quieto; tengo la impresión de que el barco no avanza, doy vueltas y vueltas de la proa a la popa, subo y bajo, ando como perro enyerbado. Siempre estoy pensando que tengo que hablarle; en la noche me digo: «mañana, por la mañana»; y por la mañana pienso que es mejor por la tarde, cuando el sol caiga; por la tarde considero que la noche es más apropiada y en la noche creo que es mejor por la mañana. ¿La aburro, señora?

GLADYS: (*Fría.*) Adelante.

CAPITÁN: Ahora que llegamos al Cabo de Buena Esperanza, el nombre, la historia de las tormentas y el fantasma del mismo Vasco de Gama me empujaron a hablarle. Señora, perdone mi atrevimiento; sé que no soy digno de nada, pero quiero que sepa que estoy loco por usted, que la amo. Eso es todo. La amo y quiero que lo sepa; no le digo más porque no sé el uso correcto de las palabras. Si no puede corresponderme no importa, quiero que lo sepa, quiero poder verla de frente sin asustarme y no quiero andar como loco por el barco, como enyerbado. (*Pausa larga.*) ¿No me dice nada, señora?

GLADYS: Sí.

CAPITÁN: (*Angustiadísimo.*) Diga lo que quiera señora, hable.

GLADYS: (*Fría.*) ¿Cuál es el próximo puerto, capitán?

CAPITÁN: (*Totalmente desconcertado.*) ¿Puerto? ¿Próximo puerto? ¿De qué puerto, señora, me habla?

GLADYS: (*Tranquila.*) Sí, ¿cuál es el próximo puerto por el que pasaremos?

CAPITÁN: Perdone, no me lo esperaba, es que yo no sé si pude explicarme.

GLADYS: ¿Cuál es, capitán?

CAPITÁN: Bueno, nosotros pararemos hasta Lorenzo Marqués, en Mozambique, que es la próxima escala.

GLADYS: Debe haber otros puertos antes.

CAPITÁN: Sí que los hay; tendría yo que consultar mi cuaderno de bitácora.

GLADYS: (*Friísima.*) Hágalo ahora mismo, capitán, espero que haya uno muy cerca aquí por Sudáfrica. Allí se quedará usted, se le pagará su sueldo y los viáticos para su regreso.

CAPITÁN: No la comprendo, señora.

GLADYS: No hay nada que comprender ni debería darle explicaciones. Soy una señora, una dama, y estoy felizmente casada.

CAPITÁN: Pero es que nada le he pedido a cambio, solo era un secreto que tenía que revelarle porque me mataba.

GLADYS: Hay secretos que deben seguir siendo secretos, capitán. Usted me ha faltado el respeto.

CAPITÁN: Permítame al menos permanecer cerca de usted.

GLADYS: ¡No sea adolescente, capitán! Ustedes, los de su clase, no saben lo que es ser una dama. Le suplico una cosa: no salga de su camarote, no quiero verlo por ningún lado. ¡Ah!, y vea si entre la tripulación hay alguien que pueda hacerse cargo de la nave; más tarde pasará a verlo mi apoderado.

CAPITÁN: *(Llora desconsoladamente, va a salir, voltea a verla.)*  
¡Dios quiera... que Dios no quiera! *(Sale.)*

*En la parte de atrás de la sala un hombre al que no hemos visto y que tiene aspecto de cirquero anuncia.*

HOMBRE: ¡Pásele, pásele a ver a la mujer tarántula! ¡Pásele, pásele!; solo por cincuenta centavos vea este fenómeno humano, hable con ella y sepa por qué se convirtió en tarántula. *(Se va caminando entre el público hacia el escenario, habla con el público del teatro como si fuera el público que ha asistido a ver a la mujer tarántula.)* Tú, muchacho, siéntate bien porque tapas a los de atrás. Les advierto que no pueden tirarle con nada, porque si alguno le pega con algo, ella va a saber quién es y en la noche la suelto para que le coma los ojos; le gustan mucho los ojos y las lagañas.

*El hombre llega hasta el escenario y sube, corre unas cortinas y vemos el espectáculo: ¡la mujer tarántula! Tiene unas enormes patas negras llenas de pelos que dan asco y que mueve con torpeza. Abre los ojos y mira al público. La mujer tarántula y el hombre con aspecto de cirquero tienen un sonsonete como de merolicos.*

HOMBRE: Damas y caballeros, este ser abominable que tienen ante sus ojos es la mujer tarántula. (*A ella.*) Hágame el favor de saludar al público.

MUJER TARÁNTULA: Buenas tardes, respetable público.

HOMBRE: ¿Dónde la capturaron?

MUJER TARÁNTULA: Sobre las arenas de Dautillos, pero mi nacimiento fue en Cajeme, y desde allá me había venido escondiendo de la gente.

HOMBRE: Cuéntenos cómo se convirtió en tarántula.

MUJER TARÁNTULA: Por una maldición de mi madre.

HOMBRE: ¿Por qué la maldijo?

MUJER TARÁNTULA: Por desobediente y mala.

HOMBRE: ¿Qué siente estar convertida en eso?

MUJER TARÁNTULA: Es una vergüenza muy grande que no debe pasar ningún ser humano.

HOMBRE: ¿Tiene algún mensaje que le quiera dar al público?

MUJER TARÁNTULA: Que sean buenos hijos y que quieran y obedezcan a sus padres.

HOMBRE: (*Cierra con violencia la cortina de la mujer tarántula y se dirige al público.*) Y esto ha sido todo por esta función, salgan por allá, salgan con cuidado; si su comadre o su vecina no ha venido a verla, dígale que no deje de venir porque pasado mañana nos vamos. Y se acabó esta tanda pero sigue la otra. La cola está allá, señor, allá está la cola. (*El hombre puede o no salir por donde está el público.*)

GLADYS: (*Narra.*) El capitán pudo desembarcar hasta el puerto de Durbán, yo no volví a verlo nunca, y nunca nadie volvió a molestarme. Al final de toda esa agua estaba Somalia. Desembarcamos en Mogadiscio, nos unimos a una caravana de escandalosos italianos y poco a poco nos fuimos introduciendo en el corazón del África. La llegada a Addis-Abeba fue uno de los grandes triunfos. Lo primero que quise vi-



sitar fue el mercado, pero la venta de esclavos se hacía en un barrio apartado de la ciudad. Supe que al día siguiente habría una subasta de esclavos y dispuse el día para ello. *(Todo esto lo cuenta realmente emocionada.)* No hubo nada que pensar ni indecisión siquiera: desde el primer momento me enamoré perdidamente de una muchacha abisinia de unos veinte años y le dije a mi apoderado, señalando muy bien a la muchacha: «Esa es Dancalia», que era el nombre que había escogido para llamarla. La muchacha me vio y correspondió a mi sonrisa, se sintió feliz de que la señalara. El vendedor, al darse cuenta de mi gran interés, me la vendió excesivamente cara. Por la tarde Dancalia estaba en el hotel y yo podía disponer el regreso para la siguiente mañana.

*En la plaza de Sabaiba los hombres y las mujeres discuten acalorados.*

HOMBRE 1: ¡Qué truco ni qué truco, lo que pasa es que fue desencantada!

HOMBRE 2: Que se decida ahora qué se va a hacer con su cuerpo. *(Siempre hay comentarios alrededor de estos primeros parlamentos.)*

MUJER 1: Yo creo que Celso debe decirnos si es mejor quemar el cuerpo y echarlo al mar.

HOMBRE 3: Al mar no porque puede envenenar a todos los pescados.

HOMBRE 1: ¿Cuáles pescados? No hay ni uno, ni pa' remedio en los canales.

MUJER 2: Yo digo que hay que despedazarla y enterrar los pedazos por los cuatro puntos cardinales. *(Entran los hombres 4 y 5 corriendo.)*

HOMBRE 2: ¿Quihubo?

HOMBRE 4: Se escapó, no sé cómo.

HOMBRE 5: Seguramente se metió al castillo y allí no entramos a buscarlo.

HOMBRE 4: Iba cargando las patas de la tarántula.

HOMBRE 5: Gritaba que era un truco, que era un truco, que se había cometido un crimen injusto.

MUJER 1: También debe haber sido truco lo de los granizales.

HOMBRE 4: Pues no lo hallamos.

CELSE: No importa, no importa, que se vaya; él no tenía la culpa, ni la mujer tarántula era culpable, pero ni modo, ya la mataron y hay que enterrarla.

EFREN: Mira, pinche Celso, tú viste lo de las garzas.

PARROQUIANO: ¡Ah!, sí, las garzas, yo te oí.

EFREN: Luego lo del cielo amarillo. Ayer por la mañana dijiste lo de los granizales y por la tarde estaba todo esto cubierto de bolitas de hielo que nadie había visto en su vida; la tormenta de anoche y las barcas regresaron sin pescados.

HOMBRE 2: La mujer tarántula trajo los granizales.

HOMBRE 3: Ella misma dijo que su madre la había malditado.

MUJER 1: ¡Cómo no! Yo la vi que levantaba tamañas patas. ¡Ave María!, dije, nomás que la Panchica me siga gritoneando, un día de estos también yo la convierto en tarántula; yo se lo dije muy de mañana, pero me arrepentí cuando supe que la habían matado.

HOMBRE 1: Había que matarla para que no nos cayera la maldición de las garzas. Celso soñó también que todo lo que sembráramos se iba a convertir en garza y que luego se iba a ir llenando el pueblo de garzas y que nos iban a comer a todos.

CELSE: Yo no dije eso.

PARROQUIANO: ¡Ah!, cómo no, pinchi Celso, yo te oí. Clarito dijites lo de las garzas.

CELSE: ¡No, no, no, no; lo que dije...!

MUJER 2: Y dijiste que iban a caer granizales porque una cosa extraña iba a pasar en el pueblo, y cayeron los granizales y anoche mismo los hombres decidieron matar a la mujer tarántula y yo les dije que así tenía que ser porque venía la época de ictericia y de venganza y que nos íbamos a quedar cuatro semanas sin pescados; ¿no lo dijiste, Cel...so?

*La mujer casi ni termina las palabras porque por uno de los extremos del escenario entra Fabián, quien viene completamente sucio, despeinado; es para ellos como una aparición. Uno a uno, los habitantes van volteando a ver al extraño. Hay una atmósfera de miedo, de misterio, y hay un terrible silencio. Fabián se halla confundido, solo; ha perdido la palabra, está mudo. Los habitantes del pueblo no se atreven a proferir ni un sonido, algunos solo retroceden ante la visión. Es una larga, muy larga y tensa pausa. Finalmente, un viejo se adelanta un poco del grupo, y mira a Fabián de arriba abajo.*

VIEJO: (A Fabián.) ¿Es usted frastero?

FABIÁN: (Apenas recuperando el habla, tímido, asustado.) Sí, señor.

VIEJO: ¿Venía a este pueblo a buscar algo o se perdió en el camino?

FABIÁN: Anoche, con la lluvia, perdí el camino.

VIEJO: Perdió el camino.

FABIÁN: ¿No son bien venidos aquí los forasteros?

MUJER 2: Algunos no.

FABIÁN: Yo... yo estoy muy confundido. Dormí, es decir, no sé si dormí: pasé la noche en un lugar cerca de aquí, una especie, dicen, de castillo... (La gente empieza a sobrecogerse.) Y estuve hablando con... No sé, la gente que allí vivía, entre ellas con una señora que me dijo ser Gladys de Villafoncourt. (Una mujer se santigua con disimulada lentitud.) Pero hoy en la mañana no había nadie, parece que todo está en ruinas.

VIEJO: ¿Gladys de Villafoncourt, dijo?

FABIÁN: Sí, señor, sí, así dijo.

VIEJO: Murió hace más de veinte años; al fondo del castillo está su panteón privado, en donde se encuentran sus restos y los de sus antepasados.

FABIÁN: Cuando venía vi a un hombre corriendo que llevaba a cuestas las patas de una descomunal tarántula. Nada de lo que pasa es normal, me pregunto si estoy soñando, si ustedes tuvieran un médico que me examinara, yo sé que con las fiebres...

*La gente del pueblo empieza a comentar cosas con relación al último suceso, todo en voz muy baja, murmullos apenas; no dejan de estar mirando a Fabián. Celso no le ha quitado la vista ni un momento; levanta la mano para que la gente se calle, se adelanta un poco y se dirige a Fabián.*

CELSO: ¿Y usted quién es?

FABIÁN: Soy el teniente de infantería Fabián Romero Castro, hijo de la digna Carmen Castro y de... No recuerdo ahora el nombre de mi padre.

CELSO: *(Aunque se dirige al pueblo, no deja de ver a Fabián.)* Allí lo tienen, ya ha llegado. *(A Fabián.)* Dios nos libre a todos de tu ira, Fabián Romero; te estábamos esperando.

TELÓN

SEGUNDO ACTO

*Es la caída de la tarde. El barco se bambolea con los movimientos propios del mar. Todos los barriles, botes, cajas y utensilios de cubierta se han acomodado a manera de asientos para presenciar el*

*espectáculo de los negros. Unos tambores, las palmas de las manos y un canto maravilloso hacen una música extraordinaria. La esclava etíope, Dancalia, baila. Gladys, sentada en una silla de extensión, vestida toda de blanco y con sombrero de encaje, observa muy interesada la danza mientras se refresca muy lentamente con su abanico de palma. Los marineros beben y participan muy vivamente de la magia del canto. Todos se hallan felices sobre la cubierta del barco, a excepción quizá del jorobado, a quien se le ve un poco triste y parece tener también una pasión de ánimo. Cuando la danza termina, todos, incluso Gladys, aplauden entusiasmados. Dancalia corre y se echa a los pies de Gladys; es, sin embargo, importante hacer notar que el jorobado, que se llama Fausto, no ha estado durante todo este tiempo cerca de la señora, aunque parezca extraño. Cuando Dancalia se echa a los pies de Gladys se puede comprender algo. Gladys acaricia el pelo de su esclava, le limpia el sudor y le ofrece agua. Poco a poco los otros personajes van dejando la cubierta del barco.*

GLADYS: Eres extraordinaria, Dancalia. Bailas... bailas como si temblaras de miedo y el miedo te circulara por todas partes. *(Dancalia no entiende, solo sonrío satisfecha.)*

FAUSTO: *(Se acerca a Gladys.)* La señora ya no me tiene aprecio.

GLADYS: ¡Qué tonterías dices, Fausto! *(Se acercan las damas de compañía de viajes de Gladys.)*

UNA DAMA: Señora, vamos a bañar a Dancalia.

GLADYS: Le ponen luego una loción astringente en los brazos y en la espalda.

OTRA DAMA: Así será y lo haremos con gusto, señora. *(Salen. Se quedan solos Gladys y Fausto.)*

FAUSTO: La señora, está visto, no me quiere.

GLADYS: Te engañas, Fausto. Llené el barco de lo que más te gusta y te traje cientos de codornices para que te alimentaras bien y nunca te faltaran.

FAUSTO: Sí, pero ya no es como antes.

GLADYS: Debes comprender que he hecho este largo viaje por Dancalia. Tengo apenas dos semanas con ella y ya sabe decir «¡Oh, señora, estoy mareada!», «buenos días», «¿cómo está, señora Gladys?»

FAUSTO: La señora solo habla de las gracias de Dancalia.

GLADYS: Y bien, así es, Fausto. Es mi esclava; mía, ¿me comprendes? Tú no eres más que un asalariado, te pago, pero ella me pertenece, es mía, es de mi propiedad; quizá tú no entiendas lo que significa poseer algo.

FAUSTO: La señora cuida a Dancalia como si fuera una hija.

GLADYS: Es que es como mi hija. Yo nunca antes había tenido una esclava y no sabía que se les quería tanto.

FAUSTO: La señora podría tener sus propias hijas.

*Se abre una pausa que nos permite escuchar muy bien el viento y el sacudirse de las olas. Gladys se levanta y se encamina hacia cualquier lado. Un marino deja unas sogas y se marcha, el viento sopla con lentitud y a lo lejos alguien rasga, sin tocar nada preciso, una guitarra.*

GLADYS: (*Muy resuelta, seria, nada melodramática.*) No puedo, no puedo tener hijos.

FAUSTO: ¿La señora no está enojada?

GLADYS: No, no, para nada; la llegada de Dancalia definitivamente me ha cambiado. No puedo tener hijos, Fausto, tengo que conservarme virgen; he ofrecido mi virginidad a santa Marta dos veces y no fue aceptada. Santa Marta, tú sabes, hermana de Lázaro y de María, amigos de Jesús, quien estuvo en su casa en Betania. Santa Marta tuvo un problema desde que comenzó su regla y hasta el día de su muerte nunca dejó de sangrar; a mí lo mismo me pasa. Todos los días sangro,

poco, gotas, a veces solo unas manchas, pero siempre, siempre sangro. Me han visto muchos médicos, me han visto brujos, curanderos, y la sangre nunca se detiene, todos los días hay manchas en las sábanas. Una vez di con la esperanza: una mujer con grandes dotes mágicas, su nombre es María Eustaquia y vive en Nío, cerca de Guasave.

La mandé traer, vino a verme hasta Aztlán. Me revisó, revisó todos los brebajes que he tomado y me dijo que la única posibilidad de curarme era ofreciendo mi virginidad a santa Marta, entregarla como ofrenda, inmolarla; y me dijo del modo que tenía que hacerlo frente a la santa. Mandé hombres por todas partes y la única imagen de la santa que había en la región estaba en Imala. Tenía que penetrar desnuda al templo a media noche sin que nadie me viera, llegar ante la imagen de la santa, recoger el cirio encendido que desde en la mañana habría puesto allí María Eustaquia, tirarme sobre el piso y con aquel cirio, mirando fijamente a la santa, entregar la ofrenda. Al principio me pareció monstruoso todo aquello, pero a medida que los días pasaban lo fui aceptando hasta que decidí la fecha de mi viaje a Imala. Fui con el pretexto de que iba a las aguas termales; por cierto, nos hospedamos cerca de los balnearios. Hablamos con el cura de nuestro intento; al principio se negó, pero el dinero todo lo alcanza y me dejó abierta la puerta de la iglesia esa misma noche. Temblaba, el reloj parecía que no caminaba, extraños pensamientos me asaltaban. Llegó la hora, temblaba. Empujé con pavor la puerta y rechinó, en ese momento el simple rebuznar de un burro me pareció algo espeluznante. Me asomé un poco como para localizar a santa Marta en donde ya sabía que allí estaba. Vi el cirio ardiendo y como un espectro la imagen de la santa. Me eché hacia atrás y me quité la ropa, quedé completamente desnuda; en ese instante

las nubes despejaron el cielo y la luna me llenó de luz blanca el cuerpo y la cara. Sentí vergüenza, me sentí impúdica ante la naturaleza que me miraba, ¡yo también soy naturaleza, caramba!; esta reflexión me dio valor y al dar el primer paso el techo entero de la iglesia se desplomó, ¡se vino abajo! Yo me vestí inmediatamente y me alejé. Con el estrépito llegaron todos los habitantes y ante la confusión aprovechamos el momento para regresar a casa. María Eustaquia se quedó algún tiempo conmigo auxiliándome. Yo, de la impresión, quedé fuertemente trastornada. Me hizo una serie de limpias con ruda, con pirul y con albahaca. Me dijo que me tenían hechizada y que alguien se interponía a que mi regla se normalizara porque mis hijos serían grandes señores y que me habían condenado a que la última sangre de los Villafoncourt terminara en mis plantas y la pisara. Yo con nada me conformaba; me llené de caprichos y de antojos. Por ese entonces se me ocurrió hacer el camino rojo a Sabaiba. Se me ocurrió que los ladrilleros cocieran todo el barro del camino que hay del castillo hasta la playa, y se hizo; luego lo mandé sembrar de sabinos y eucaliptos, y se hizo; lo único que me divertía eran las carreras de caimanes. (*Pausa.*) Pasó mucho tiempo, yo ya casi me olvidaba de mi ofrenda, cuando un día se me presentó de nuevo María Eustaquia para decirme que había hablado con el cura de Tabalá, quien bendijo una imagen de la santa, y que la acomodaría en el altar mayor y que el templo estaría abierto el día que nos presentáramos. Todo se hizo con presteza y alegría porque, como tú lo sabes, el dinero es el que manda. Llegamos a Tabalá, recuerdo que era un sábado por la mañana. El río San Lorenzo, que venía muy revuelto por las lluvias, traía un rumor extraño. «Es un día fasto», me dijo María Eustaquia, «hay que aprovecharlo». Todo quedó listo y nos dispusimos a esperar la noche con



la seguridad casi absoluta de que obraría el milagro. Todo había salido a pedir de boca: el arreglo con el cura, la acogida en el pueblo, el viaje. Llegó la noche cargada de nubes, y la oscuridad se fue haciendo cada vez más espesa, más infranqueable. La torre de la iglesia se levantaba alta, sólida, como sintiéndose ufana. Antes de llegar a la puerta de la iglesia había muchas tumbas con monumentos impresionantes, y como tenía que caminar desnuda por donde encontrara sagrado, me veía obligada a cruzar así por el pequeño panteón que formaba el atrio. Cuando ya, desnuda, me disponía apenas a dar los primeros pasos, dejaron sus tumbas y se me plantaron frente: la digna Cleofas Urrea de Romero, muerta el 24 de enero de 1887, y la digna Aurelia Perkins de Romero, fallecida once años después, detrás de ellas, innumerables ánimas me cerraban el paso. Allí estaban todas con sus cuerpos intactos, como el día de su muerte, con mortajas impecables. Empecé a escuchar algo como una especie de un rezo monódico que creía entender como: «No, no, no, no, no Gladys, no lo hagas»; y no sé si salía de sus bocas o era el rumor del San Lorenzo en su carrera al mar. La sangre con el sudor comenzó a escurrirme por entre las piernas, no me ruboricé ante ellas porque sabía que eran ánimas o porque mi desnudez ya no me apenaba. Con un gesto de manos quise explicarles todo y pedirles que comprendieran por qué estaba allí y que me vieran la sangre correr por las rodillas y las piernas. Descalza como estaba, di unos pasos y entonces las dignas Cleofas Urrea y Aurelia Perkins, airadas, levantaron los brazos amenazantes. «Dios todopoderoso, que en el cielo y en la tierra estás, que las ánimas benditas del purgatorio regresen a sus sepulcros y descansen en paz», dije apretando los dientes y cerrando con fuerza los ojos, y desaparecieron como por encantamiento. El bosque lleno de

animales zumbaba con fuerza: grillos, ranas, pájaros y chicharras acechaban desde el monte, habían echado a andar todos los aullidos que traían en el cuerpo. La sangre ya me había llegado a los pies; la pisaba. Una bandada de murciélagos pasó zigzagueando por entre las cruces del camposanto. Continué mi camino, estaba llena de esperanza; el ansia del hijo y mi deseo de sanar eran superiores a cualquier miedo, a cualquier dolor o amago. Alcancé el umbral y me quedé quieta, empujé luego las puertas y la iglesia quedó de par en par abierta. Al fondo el cirio chisporroteaba y creí, incluso, ver a santa Marta risueña. Estaba el altar, lleno de flores, que mandé traer de Cosalá y de Nuestra Señora. El olor a gardenias salió y bajó hasta la plaza. Solo dos pasos me faltaban para entrar. Entonces sí temblaba; estaba ante la posibilidad del prodigio y el tiempo me daba la impresión de que se había quedado en el río, esperando, o que se había detenido entre las hojas de los árboles y estaba acechando. Di el primer paso para entrar, pero el techo de la iglesia también se desprendió, cayó al suelo despedazado y solté el llanto: el ofrecimiento de mi virginidad a santa Marta no había sido aceptado, no había curación posible para mí. Recogí la ropa y me la llevé en la mano, caminé desnuda por la noche. Bajé al San Lorenzo y me bañé en sus aguas, todo alrededor se había tranquilizado; las ranas, los grillos y los pájaros seguramente dormían. El rumor del río se había amansado. Me lavé la sangre, me vestí y regresé a la casa en la que me había hospedado. En todas partes había gran escándalo por el templo que quedaba en ruinas, pero nadie supo ni imaginó nunca nada. Allí quedan esas dos ruinas, como monumentos al sacrificio de mi virginidad. (*Pausa. Intenta entonar una melodía.*) ¿No dices nada?

FAUSTO: (*Casi sin voz.*) La señora me tiene sorprendido, aterro-

rizado.

GLADYS: (*Entona la melodía.*) Aterrorizado. (*Pausa.*) Tal vez no sea algo amable.

FAUSTO: ¿Quién más lo sabe?

GLADYS: ¿Piensas tú, Fausto, que yo ando por la vida contando mis secretos? ¿Quién más lo sabe? Nadie, nadie, nadie más que tú lo sabe. Es mi gran secreto, es mi testimonio de la vida, mi virginidad como lirios ensangrentados.

FAUSTO: ¿Y por qué me lo ha contado?

GLADYS: No puede la gente morir con secretos porque se convierte en una lechuza que vaga.

FAUSTO: ¿Pero la señora me tiene la suficiente confianza como para que esté segura que por mí no lo sabrá nadie?

GLADYS: Yo sé, Fausto amable, que por ti nadie lo sabrá; estoy completamente segura de ello y te lo voy a demostrar ahora. (*Da unos gritos angustiantes y llegan dos marineros corriendo.*)

MARINO 1: ¿Le ocurre algo, señora?

MARINO 2: ¿Qué le pasa?

GLADYS: (*Angustiada.*) ¡Es horrible, horrible, echen a este jorobado al agua! (*Los marinos sacan a Fausto cargando, este implora piedad pero nadie le hace caso y lo echan al agua. Entran las dos damas de compañía de viaje de Gladys. Gladys, muy tranquila, a ellas.*) Que venga Dancalia.

*Entra un hombre con pantalón blanco, un saco largo rojo, botas y chisteras negras. El hombre da un silbatazo, arranca una música de circo, aparece una bastonera y tras ella unos payasos echando maromas y luego un domador con varios leones que trae amarrados con cadenas, un camello, un hipopótamo y una inmensa mujer gorda, que es mamá Esther y que viene en un carro tirado por garzas. Todo este desfile, que no es más que la visión de un capitán, debe estar resuelto con disfraces o con animales de cartón. Gladys está esperando*

*a Dancalia y no ve el desfile. A quien descubrimos de pronto es al capitán, quien lo ve con desespero y con ansias de que pase rápido. Cuando el desfile acaba de pasar descubrimos, del otro lado, a sor Joaquina con una jaula de pájaros.*

SOR JOAQUINA: Capitán, ¿cuándo llegaron?

CAPITÁN: Llegué yo. ¿No ha llegado la señora Gladys?

SOR JOAQUINA: ¿No viajaba usted en el barco?

CAPITÁN: Así es, pero la señora me despidió en Sudáfrica. ¿No han tenido noticias de ella?

SOR JOAQUINA: No que yo sepa, capitán. (*Pausa.*) Es providencial que usted venga.

CAPITÁN: ¿Por qué?

SOR JOAQUINA: Temo que se sequen los manglares, la luna está llena de caprichos insanos y ha encendido con violencia dentro de mí una pasión de ánimo.

CAPITÁN: ¿Qué es una pasión de ánimo?

SOR JOAQUINA: Eso dijo mi señor a su señora que anidaba dentro de él y eso mismo siento yo, pero la siento aquí abajo; debería usted sacarme de este claustro, podríamos construir con nuestras manos una barca y viajaríamos a Roma para pedir perdón al santo padre.

CAPITÁN: Lo siento, no puedo; no puedo llevarla a ninguna parte, hermana, debo esperar a la señora Gladys.

SOR JOAQUINA: Es tan buena la señora Gladys... Antes de irse me mandó hacer nuevos hábitos y me compró unos zapatos.

CAPITÁN: Quisiera no pensar que es una mujer malvada.

SOR JOAQUINA: Es muy buena: mandó hacer un camino de barro que llega hasta la playa y que cruza todos los canales. Construyó también un campo de limo para las carreras de caimanes y luego llenó el campo y el camino de árboles para que durmieran las garzas.

CAPITÁN: Debió haber gastado una fortuna.

SOR JOAQUINA: Al contrario; ella y el señor Arbel ganaron. El señor vendió los árboles de su vivero; son tan bonitos y están tan grandes. Allí podríamos ir usted y yo juntos, capitán, al camino colorado.

CAPITÁN: No puedo, hermana.

SOR JOAQUINA: Hay sabinos sembrados por todas partes.

CAPITÁN: Quizá también tenga yo otra pasión de ánimo. Tengo que esperar a la señora Gladys porque me dejó enyerbado. (*Dançalia entra y se acerca a Gladys.*) La veré venir con su esclava etíope surcando las aguas. (*Gladys, junto con Dançalia, se dirige al capitán.*) ¡Allí viene la mil veces esperada! Bienvenida sea, señora Gladys.

GLADYS: Capitán, esta es Dançalia.

CAPITÁN: Eres muy hermosa, Dançalia.

DANÇALIA: Gracias, señora Gladys.

GLADYS: (*Corrigiéndola.*) Gracias, capitán, Dançalia.

DANÇALIA: Gracias, capitán.

GLADYS: (*A Dançalia.*) Este es el castillo de Aztlán, hacia allá queda el camino de barro; anda a recorrerlo todo y que te acompañe la hermana Joaquina del Monte Carmelo. (*Se dirige hacia la monja y le besa la mejilla. A ella.*) Estás preciosa, chiquilla. (*Salen la monja y Dançalia. Al capitán.*) Es propio, capitán, del hombre sabio equivocarse y de los necios permanecer en el error; siempre he rehuído a la necesidad y debo reconocer que he desacertado con usted. Mucho he pensado en sus palabras y uno de mis grandes sueños era reencontrarlo. ¿Podría usted perdonarme la injusticia cometida en Sudáfrica?

CAPITÁN: Señora, no hable, no hable; de eso no hable. Estamos juntos y yo quisiera que no volviéramos a separarnos. (*Sonríe amargamente.*) Ahora las lágrimas se me salen por nada:

si me acerco al mar, la recuerdo y me gana el llanto; si me tiro en las arenas, la imagino y lloro, y el llorar y el extrañar-la forman parte de mis funciones vitales.

GLADYS: ¡Oh, capitán! ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Cómo no me percaté de que en ese momento ya, también yo, estaba enyerbada?

*Gladys y el capitán se acercan y se besan apasionadamente. Se oye otra vez el silbato y vuelve a pasar el desfile del circo con gran estrépito. Cuando el desfile termina vemos a los personajes acomodados como al principio de la escena, con Gladys sola, de manera que entendamos que todo esto no fue más que la imaginación del capitán, de quien cuentan que murió viendo al mar, sentado en una playa en Sudáfrica.*

GLADYS: Que venga Dancalia. (*Entran las damas con Dancalia.*) Pronto llegaremos, Dancalia, al castillo de Aztlán en Sabai-ba. (*Narra.*) El viaje de regreso con mi esclava ya no fue tan pesado, pronto llegaríamos al sur del África para virar hacia América. (*Entra un marinero.*) América y finalmente nuestra casa.

MARINERO: Señora, unos hombres nos han salido al paso en sus lanchas y han suplicado que les demos auxilio.

GLADYS: ¿De qué se trata?

MARINERO: Dicen que un hombre que viajaba en este barco se está dejando morir de sueños a la orilla del mar, sobre la playa. Pero dicen que no puede morir mientras no termine de recoger su sombra y creen que el hombre la dejó aquí en el barco.

GLADYS: Que lo suban en la noche cuando yo me haya retirado a descansar y que lo bajen rápido para que muera en la playa.

MARINERO: A sus órdenes.

GLADYS: Ofrézcales algo de tomar o de comer a esos hombres, y pregúntele a los negros que acompañaron a Dancalia que si es aquí donde quieren quedarse.

MARINERO: A sus órdenes.

GLADYS: Por favor, me manda mientras tanto una copa de vino blanco. *(El marinero saluda militarmente y sale.)*

ARBEL: Extraordinario vino. No me has dicho nada.

CARMEN: Me gusta, me gusta mucho, me encanta.

ARBEL: Y nada dijiste de los duraznos que te trajeron de la sierra.

CARMEN: Comí varios.

ARBEL: Mañana pasaremos por el camino de barro.

CARMEN: El camino de Gladys.

ARBEL: Vas a ver unos inmensos campos de algodón reventado.

CARMEN: Ya conozco yo los campos de algodón.

ARBEL: Haremos juntos, si quieres, un viaje a Chametla o a Ocoroni; ya verás cómo cortas con tu propia mano las manzanas.

CARMEN: No, Arbel, no quiero. *(Pausa.)*

ARBEL: Desde hace días, Carmen, que no te veo entusiasmada con nada; como si el embarazo te hubiera apagado en vez de iluminarte y como si te consumiera en vez de llenarte de vida. Me gustaría verte alegre, yo quiero un hijo alegre como su padre.

CARMEN: Como su padre.

ARBEL: Al principio todo iba tan bien; me has encantado con tus historias. Ese cuento maravilloso del hombre de las garzas, todo, todo lo tuyo me ha gustado. ¿Qué te pasa?

CARMEN: Quiero regresar a mi casa.

ARBEL: ¿Regresar?

CARMEN: Regresar, volver.

ARBEL: No veo la razón, creo que hemos sido felices; me vas a dar un hijo.

CARMEN: Tú eres un hombre casado.

ARBEL: Eso no es más que un trato social, mi alianza contigo es amorosa, creo que estoy absurdamente enamorado de ti; no entiendo que se pueda vivir sin estar contigo. Tenemos que vivir juntos.

CARMEN: No puedo. También yo soy casada. Mi marido se llama Fermín Vega y es un hombre... No, no es un hombre, es una bestia, un garañón al que solo le importan el juego, la bebida y las mujeres.

*Entra Fermín Vega, un hombre alto, corpulento, muy varonil, todo lo que pudiera entenderse como un bello ejemplar masculino. Fermín se dirige a Carmen, Arbel ve con marcada discreción la escena.*

FERMÍN: Van, Carmen, a venir unos hombres por las vacas. Se las entregas, yo no quiero estar aquí cuando se las lleven.

CARMEN: *(Más que sorprendida.)* ¡Las perdiste en el juego!

FERMÍN: *(Recio.)* ¡Las cosas de los hombres son cosas de hombres; y las cosas de mujeres, son cosas de las mujeres!

CARMEN: Las vacas, Fermín, también son cosas de mujeres; de allí beben leche tus dos hijos que también son míos.

FERMÍN: La leche, la compraremos.

CARMEN: *(Sarcástica.)* ¿Con qué? Ya perdiste todas las tierras.

FERMÍN: Algún día voy a ganar.

CARMEN: Hectárea por hectárea: doscientas...

FERMÍN: Voy a ganar un día, ya lo verás.

CARMEN: Perdiste el trapiche, las yeguas...

FERMÍN: Te voy a hacer una ninfa cuando gane.

CARMEN: Has perdido cientos de pesos y ahora pierdes las vacas.

A ver cuándo juegas tu caballo, tu mujer y tu vergüenza.  
*(Fermín la abofetea con fuerza y cae al suelo. Llora.)*

FERMÍN: ¡No me vuelvas a hablar así nunca en tu vida, ni a le-



vantar la voz, Carmen Castro, porque te lleva la chingada conmigo! (*Sale y regresa.*) Cuando vengan por las vacas las entregas, allí va mi honra y mi palabra. No quiero ver cuando se las lleven. Mañana solamente nos despertarán los gallos, ¡chingue a su madre! (*Sale.*)

*Fermín sale. Carmen se levanta con trabajo, muerta de rabia y quién sabe cómo es que aparece Zacarías, quien está sentado en cuclillas. No se sabe si estaba escondido y vio toda la escena, aunque es probable, o si entró en cuanto vio que Fermín se alejaba.*

ZACARÍAS: (*A Carmen. Con una voz ronca como de recién levantado de la cama.*) Allá va como alma que lleva el diablo. Va con las socarronas, con la Maleli y la Maritori, dos putitas que tiene la Mica Arellano en que don Güero. ¡Allá vas, Fermín Vega! Se las lleva en el caballo a la orilla del río, a los álamos, y allí las corretea entre los arenales.

CARMEN: No me importa, Zacarías, no me importa nada, ¿me oyes? Nada. Vete.

ZACARÍAS: Te importan tus dos hijos y las vacas; son dieciocho lecheras, cuatro toretes y doce becerros. Te importan porque heredaste el ganado de tu padre, viene desde tus abuelos...

CARMEN: ¿No has entendido que no quiero saber nada de nada?

ZACARÍAS: Déjalo, Carmen, es un hombre malo.

CARMEN: No puedo, tengo a los plebes y esta es su casa.

ZACARÍAS: Yo te ofrezco una casa y te acepto con los dos plebes, y trabajo, y no juego: tengo tierras y muchas cabras.

CARMEN: No me gusta hablar contigo, Zacarías Fajardo, ya lo sabes, vete.

ZACARÍAS: Es que yo siempre te digo verdades, Carmen. Me gustas mucho, Carmela.

CARMEN: No me digas Carmela.

ZACARÍAS: (*Muy tierno.*) Carmen.

CARMEN: Apesta a vino de ayale.

ZACARÍAS: No apesta el vino, huele, y es muy saludable; es lo único que me queda, como tú no me haces caso... Antes de morirme pediría yo un trago de ayale. (*Pausa.*) Se va con las putitas de la Mica Arellano; con las socarronas; a revolcarse en los arenales, y si pasa uno por allí cerca y los mira ni se esconden, ni dejan de hacer lo que están haciendo. Un día yo le dije: «¡Epa, Fermín, no seas bárbaro!» «¡Qué tiene!», me respondió, «Yo soy macho y ellas son hembras, Dios así lo manda»; y siguió montado en una de ellas mientras que la otra les aventaba arena en la cara y se llenaban el cuerpo de sudor y de saliva. Ha perdido la vergüenza.

CARMEN: (*Horrorizada.*) ¡No quiero oír ya nada, Zacarías Fajardo, nada! Hablas igual que un amargado.

ZACARÍAS: Así siento la boca desde que te casaste: amarga.

CARMEN: Búscate una mujer; eres joven, trabajador y tienes muchas cabras.

ZACARÍAS: Ya la encontré y eres tú, Carmela.

CARMEN: Yo estoy casada.

ZACARÍAS: Pero eres infeliz. (*Pausa.*) Te seguiré buscando. A dondequiera que vayas te seguiré como una sombra porque no puedo vivir sin verte, yo sé que no puedo. Aunque me desprecies y no me quieras y aunque me trates como Fermín te trata, óyelo bien, Carmen-Carmela, te voy a seguir, siempre sabré de tus pasos, siempre estaré a tu lado. (*Sale.*)

CARMEN: (*Se queda mirando muy fijamente el lugar por donde salió Zacarías.*) Zacarías Fajardo, Dios lo haya perdonado.

*Está la gente del pueblo de Sabaiba inmóvil, como esperando algo. Están sentados, algunos en el suelo, otros sobre cajas, otros de pie, están como petrificados volteando hacia la derecha y con cara de*

*extrañeza. Un perro empieza a gruñir, ladra y se encamina hacia el lugar que todos miran. Un viejo se levanta con lentitud y jala hacia él al perro tirándolo del pescuezo, lo acaricia y el perro se calma. Este viejo, que es importante en esta historia y al que siempre llamaremos Viejo, se llama Ruperto. Por la derecha entra el apoderado de Gladys, un tipo relavado de aspecto impecable y repugnante. Para el apoderado no hay nombre.*

APODERADO: Buenas tardes. (*Nadie responde.*) Para los que no me conozcan soy el apoderado de la señora Gladys de Villafoncurt.

HOMBRE 1: Todos lo saben.

APODERADO: Mejor. Como también ya lo saben, pretende la señora hacer un camino de barro que venga desde Dautillos a Sabaiba, que pase por el castillo y que llegue hasta la playa.

HOMBRE 2: Ya hay un camino por allí. (*Este hombre se llama Raúl.*)

APODERADO: ¡Pero no de barro! Y será de beneficio para todos.

HOMBRE 3: ¿En qué nos beneficiará a nosotros?

APODERADO: Tendrá eucaliptos y sabinos a los lados; habrá sombra para los caminantes.

HOMBRE 1: ¿Cuánto va a pagar la jornada a los que trabajen?

APODERADO: Ustedes van a pagarlos: el camino es para ustedes, que andan por los lodazales; ella tiene su carroza y sus barcos.

MUJER 1: ¡Ah!, pues mire: nosotros no necesitamos para andar caminos de barro.

APODERADO: El barro va a estar bien cocido; ella lo venderá de sus terrenos a buen precio. Será un atractivo para el pueblo y además un camino seguro y rápido.

RAÚL: No queremos.

APODERADO: Es mejor que lo piensen.

HOMBRE 4: Ya lo hemos pensado.

RAÚL: Así es. *(El apoderado sale, la gente discute entre sí.)*

VIEJO: *(Le comenta a Fabián, quien está entre ellos, pero de espaldas al público; durante estas escenas no debe reconocerse.)* A los días se presentó Gladys; creo que estábamos las mismas gentes.

GLADYS: Buenas tardes. *(La saludan cortésmente.)* ¡Qué tal, doña Lichi! ¿Cómo siguió el niño?

DOÑA LICHI: Ya anda corriendo por allá, bonita.

GLADYS: Si se enferma otra vez me lo manda y vuelvo a enviar por el doctor a Dautillos. A ver si no sucede como la vez pasada, que con estos lodazales y en estos caminos tan malos las carrozas se atascan. ¿Se acuerda cómo estábamos de nerviosas?

DOÑA LICHI: ¡Ay! Sí, bonita, muy nerviosas porque no llegaba.

GLADYS: ¿Y qué dijo el cochero cuando llegaron?

DOÑA LICHI: *(Voltea a ver a todos como buscando apoyo.)* Que hacía mucho tiempo habían salido, pero que el camino estaba muy malo.

GLADYS: *(Mira a todos significativamente. Se acerca a una mujer y le quita cuidadosamente al niño que tiene entre los brazos. Muy cariñosa.)* ¡Ay!, pero si es una nena, una nenita; ¿de dónde salió esta hermosura?, ¿de qué flor naciste, encanto? Esta criatura tiene que llamarse Gladys; yo le doy mi nombre y quiero ser yo quien le eche el agua. *(Con autoridad al apoderado.)* ¡Por favor!, que mañana vayan a Dautillos y le compren ropa a esta pequeña Gladys y hay que escoger un día para bautizarla, ¿les parece bien el sábado? *(Al apoderado.)* Que se le avise al cura que sea el sábado. *(Se pone de pie el padre de la criatura, que se llama José, como el padre de Jesús, pero no tiene que ver nada.)*

JOSÉ: *(Muy nervioso, muy apenado.)* Disculpémos, digna Gladys, nosotros nunca soñamos con ese honor y, pues, la niña se

llama Esperanza y ya está bautizada.

GLADYS: Y qué importa, la desbautizamos y luego le ponemos Gladys.

JOSÉ: Como usted diga, señora. (*A un hombre.*) Lo siento, compadre.

GLADYS: (*Entrega la niña y se dirige a un anciano enfermo que se llama Eustolio y a quien todos de cariño le dicen Papá Tolo.*) ¡Miren nomás a este! ¡Si no vengo yo, nadie lo cura! Fíjense nomás cómo tiene de sucia la venda de la pierna. A ver, tú, tráeme agua; tú, jabón; apoderado, vea si hay sulfatiazol en el coche. (*Todos hacen lo que les manda. Mientras le quita la venda y le lava la pierna lo regaña.*) Tú tienes que lavarte la pierna, Eustolio, no esperes que alguien venga, siempre están esperando que alguien venga a hacerles las cosas. Nadie se conduele de este viejo enfermo. Eso sí, todos: «Papá Tolo, échese una cerveza» Nomás para hacer risión del viejo borracho. Cómo no dicen: «Papá Tolo, échese un taco», «Papá Tolo, lo voy a curar». Ya no tienes la pierna tan inflamada. ¿Te duele aquí?

EUSTOLIO: No.

GLADYS: ¿Y aquí?

EUSTOLIO: Tampoco.

GLADYS: ¿Y si presiono aquí?

EUSTOLIO: ¡Ay, ay, ay!, allí sí, allí, mi ángel.

GLADYS: ¿Alguien trae con qué vendarle la pierna a Eustolio? (*Todos hacen como que buscan y solo responden: «No, no, nadie». Gladys de Villafoncurt, que será elevada por su esclava a la categoría de siete veces digna, se levanta el vestido y del refajo, se arranca una tira y le venda la pierna con cuidado.*)

Así, así, listo, allí está, a ver si puedes caminar bien, Eustolio.

EUSTOLIO: Creo que sí, muchas gracias, mi ángel.

GLADYS: Todos los días hay que lavarse, Eustolio. Te voy a dejar

el sulfatiazol para que te cures, si no te preocupas tú por ti nadie va a hacerlo, ¿me entiendes? Si nosotros mismos no hacemos las cosas que necesitamos nadie viene y nos las hace. (*Definitiva.*) El pueblo necesita un mejor camino. Se hará un camino de barro que venga de Dautillos a Sabaiba y que, cruzando los canales, llegue hasta la playa; será un camino hermoso, lleno de árboles. Ya encargué la maquinaria que servirá para cocer el barro.

RAÚL: Sería cuestión de hacerlo de loseta o de ladrillo, si no se va a cuartiar en el invierno.

GLADYS: No, se vería muy feo; además nosotros no tenemos inviernos. Tiene que ser toda la cinta de barro y se cuece luego.

RAÚL: La cosa... La verdad es, señora, que no estamos de acuerdo.

GLADYS: Los médicos no llegan a tiempo para curar a los enfermos... ¿No aman el progreso? ¿Piensan pasar toda la vida entre caminos lodosos y polvorientos? (*Con mucha autoridad.*) ¿Quién no quiere? (*Pausa.*) Pregunto, ¿quién no quiere? (*Nadie responde.*)

RAÚL: Ellos, ellos no quieren.

GLADYS: Nadie ha dicho nada.

RAÚL: (*Desesperado.*) ¡Hablen, carajo, digan lo que pasa! (*Nadie dice nada.*)

GLADYS: Yo podría acusarlo a usted, Raúl, de instigador y de subversivo, pero tengo la impresión de que es un hombre responsable y trabajador y generalmente no me equivoco. Quiero que usted dirija la obra y quiero también regalarle un hermoso caballo para que supervise los trabajos; vaya y elija el que más le guste mañana temprano al castillo.

RAÚL: Gracias, gracias... No sé si aceptar, señora.

GLADYS: Los demás están de acuerdo.

RAÚL: ¿Quiere que siga la misma ruta del que ya tenemos?

GLADYS: No, tengo otra ruta pensada.

RAÚL: ¿Cuándo quiere que empecemos?

GLADYS: Pasado mañana, martes.

*Todos van saliendo en silencio, o hablando en voz baja. Solamente se quedan en escena el Viejo y Fabián, quien siempre ha estado de espaldas. Ahora podemos darnos cuenta de que era él y que era a él a quien le estaban relatando la historia y que todo correspondía a una recreación escénica del relato del Viejo. Cuando todos han salido, el Viejo se pone de pie y habla.*

VIEJO: Y el martes se comenzó el camino rojo de Gladys. Muchos murieron durante la obra, sobre todo de hambre. Hubo que abandonar la pesca y la siembra para trabajar en el barro. Fiebres, paludismo, diarrea, miles de penurias; y luego hubo que pagarlo y pagar los árboles a precio de oro. Con el dinero que ganó, Gladys fletó todo un barco para ir a comprarse una esclava etíope al África. Son cosas, Fabián, de las que no se habla en estas tierras porque coincide con la llegada de una época negra del pueblo llena de venganzas. No quiere la gente que se sepa nada de nada. Las cosas vuelven a coincidir: las nubes amarillas, los granizales, la mujer tarántula, las cuatro semanas sin pescados y tu llegada. Yo solo vine a decirte que te vayas. Es gente muy jodida, muy muy jodida y pisoteada. No entienden, viven asustados. Está prohibido hablar contigo.

FABIÁN: Nadie me habla, me ven y me rehúyen como cuando mi llegada. *(Entra Celso.)* Yo soy un ser humano. No he venido a hacerles ningún mal; llegué aquí porque me perdí; no he venido a reclamarles nada.

CELSO: *(Al viejo.)* ¡Quihubo!

VIEJO: ¡Quihubo!

FABIÁN: Yo quisiera irme, pero algo me detiene, no sé qué me pasa.

VIEJO: ¿Has vuelto al castillo?

FABIÁN: Creo que allá vivo.

VIEJO: ¿Has estado con ellos? (*Fabián asiente.*) ¿Con quién?

FABIÁN: No sé, con muchos: con Gladys, un capitán, Dancalia...

CELSO: Dancalia. Dancalia murió de sarpullido y una noche se la llevaron las golondrinas. Dicen que al África.

VIEJO: Hay noticias de que el brote rebelde ha sido aplastado. Anda con tu gente, vuelve a tu casa.

FABIÁN: No me siento, señor, en una tierra extraña.

CELSO: La tierra no quiere tragarse los orines de nadie, pronto andaremos caminando entre los miasmas. (*A Fabián.*) ¿Tú comprendes eso de miasmas? (*Fabián niega.*) Es la suciedad humana; todo, incluso el sudor y las lágrimas.

FABIÁN: Tal vez este pueblo deba ser castigado, todo lo que yo arrojé lo recibe la tierra con agrado.

CELSO: Hablas igualito que ella, no niegas tu sangre.

VIEJO: (*A Celso.*) ¿Por qué no le dicen de una vez de lo que se trata? Estoy convencido de que es un buen hombre y no le va a hacer mal a nadie, yo meto por él mis manos al fuego con agrado.

CELSO: ¿No oyes lo que acaba de decir? Que el pueblo debe ser castigado. No tienes nada que hacer, viejo, el acuerdo ha sido tomado.

VIEJO: (*Se levanta y se va rumiando los parlamentos mientras sale.*) Gracias por permitirme llegar a la vejez. Me diste hijos, nietos, alegrías y lágrimas. Gracias, señor, por bendecir siempre mi trabajo, gracias te doy, te doy las gracias...

CELSO: (*Mira hacia el cielo, se encamina hacia la salida.*) La noche va a estar fresca, incluso va a hacer frío con la granizada. (*Se detiene antes de salir, mira a Fabián y le suplica como en broma.*) Váyase.

GLADYS: (*Narra.*) Ya de regreso no quería yo que nos detuviéramos...



mos en ninguna parte: lo indispensable para el combustible, provisiones y agua. Dancalia cayó enferma unos días y no me separé de su cama, pero era muy inteligente, muy inteligente, y con gran rapidez aprendió a decir nuevas palabras, y sobre todo lo que era más admirable era que siempre tenía el tino para decirlas en el momento preciso. Fue ella quien decidió llamarme «la siete veces digna Gladys», y yo lo acepté con alegría porque venía de ella, de Dancalia. (*Sobre el camino rojo de Gladys, camina Carmen Castro y la sigue Arbel Romero de Villafoncurt.*)

ARBEL: Carmen, ¡Carmen!

CARMEN: No puedo, Arbel, no puedo, lo siento.

ARBEL: Estás loca, no puedes irte sola.

CARMEN: Así vine.

ARBEL: Déjame que te acompañe.

CARMEN: Está por empezar aquí la molienda de caña, no puedes irte.

ARBEL: Si ya lo sabes, ¿por qué tanta prisa? Cuando pase la zafra yo te llevo hasta Tehueco, nos vamos en un carruaje y me quedo hasta que nazca el niño y hasta que nazcan todos los que Dios nos mande.

CARMEN: Regreso con Fermín, Arbel. Dicen que llegó al pueblo, que ya tiene tres días borracho, que viene a buscarme. Ya te lo dije, que viene a buscarme.

ARBEL: Llevas un Villafoncurt en el vientre y lo alimentas con tu sangre, ¿qué dirá Fermín cuando lo sepa?

CARMEN: No le importará, escupirá y se irá con las socarronas y terminará por jugar la casa, si es que no lo ha hecho.

ARBEL: Yo te amo, Carmen. Yo dejo todo por ti: dejo la casa, dejo a Gladys, dejo la zafra, nos vamos juntos a donde tú quieras.

CARMEN: Todas las noches sueño que mis hijos me andan buscando. He llegado a aceptar abiertamente que todo fue un

capricho insano, como una venganza. Ya estoy curada. Me voy con él porque es mi marido, porque lo bendijo mi padre y porque lo amo.

ARBEL: Sabes ser cruel, Carmen, y lo estás siendo conmigo.

CARMEN: La verdad es así, por eso casi nunca se dice. Déjame, después yo enviaré al hijo a buscarte, o vendremos juntos dentro de un año, por estas mismas fechas al inicio de la zafra; llegaremos con el primer trozo de caña para echar andar la molienda, te lo juro por mi madre.

ARBEL: No jures, no jures, te creo; te creo porque te amo, y desde ahora decido que todo lo que tú hagas estará bien porque te amo. *(Da la media vuelta y sale. Carmen también sale.)*

GLADYS: *(Narra.)* Cuando llegamos a Panamá me sentía ya en casa. Cruzamos el canal y nos detuvimos en la ciudad capital para descansar un poco del mar. La ciudad estaba de fiesta, era un día 3 de noviembre.

*Aparece una banda de música tocando y el espacio se llena de gente, la mayoría completamente ebria. Son los habitantes de Sabaiba; entre ellos se encuentra Fermín Vega, quien grita con una botella en mano, cae al suelo de borracho y lo levantan. Hay un gran escándalo, desorden sería la palabra. Cuando aparece el ánima de Zacarías todos se congelan como una fotografía.*

ZACARÍAS: Allí estás, Fermín Vega, como siempre, embriagándote. Hace tres días que llegaste al pueblo, hace tres días que es tuyo, que lo compraste con tu música y tu bebida. Por fin ganaste en el juego, Fermín Vega, por fin ganaste en el juego; aunque con Carmen siempre has ganado. Allí viene ya la bien amada Carmen Castro a tu encuentro, sin imaginarse nada. Ella no sabe que estás allí como apestado. *(Aparece Carmen. A ella, en tono de súplica.)* Desvía tu camino, Car-

men, no vayas a su encuentro, mira que sé lo que te espera. Soy yo, Zacarías Fajardo. No vayas, bien amada Carmen, no sabes que todos te están esperando; todos están comprados, están locos, Carmen. (*Carmen no lo ve ni lo escucha y sigue caminando. La escena cobra vida de nuevo, Zacarías desaparece.*)

FERMÍN: (*Descubre a Carmen. Rabioso.*) ¡Allí está la mil veces puta Carmen Castro!

*La chusma se lanza sobre ella, le arrancan la blusa, le dejan descubierto el pecho, la suben en una silla, la amarran y la levantan muy alto. Ella, desesperada, grita, suplica compasión, llama a Fermín pero nadie la atiende. Fermín grita: «¡Llévensela a los arenales de este pueblo, llévensela rápido! De a uno por uno, cada uno que la clave puede venir por su botella. Entre más puta quede, mejor; más me cuadra. Juré que la haría una ninfa, Carmen Castro, si ganaba en el juego. Gocen a esa ninfa y vengan por su botella».*

*Carmen grita desesperada, suplica a Fermín que la perdone, les pide a los del pueblo que la escuchen. La música toca fuerte, no se entiende lo que unos gritan ni lo que dicen otros. A Carmen la sacan cargando en la silla. Ante el espectáculo, las mujeres reafirman su honestidad y su fidelidad y se ríen de Carmen. Poco a poco van saliendo algunos y otros regresan por su botella, que les entrega Fermín. La música se va apagando sobre los parlamentos de Gladys. La gente del pueblo se queda a poner orden sin llamar la atención. Fermín Vega sale en busca de su ninfa Carmen.*

GLADYS: (*Narra.*) Dancalia se sintió fascinada con la música antillana; algo había en esos ritmos que no le eran ajenos para nada. Nos despedimos luego de la ciudad, nos alejamos del puerto y seguimos el viaje tranquilos. Salvo el problema de los piratas, que luego deduje fue una trastada del capitán,

durante el viaje no pasó nada extraordinario. Cuando entramos al mar Bermejo todo se volvió desesperación, angustia. Empecé a arreglar y a acomodar mi equipaje. Pedí que fuéramos lo más cerca posible de la costa para que viera Dancalia. Después, el barco se detuvo y pasamos a una embarcación más pequeña para entrar por los canales hasta Sabaiba y mandé un propio adelante para que avisara. (*A Dancalia.*) Ya verás, Dancalia, el recibimiento que nos hacen.

*Gladys se queda de pie con su vestido de viaje, con su esclava, sus dos damas de compañía y cientos de maletas grandes. En el pueblo hay gran tensión. Carmen se encuentra frente a ellos completamente sucia, llena de moretes y de sangre. Se le ve extenuada, desfallecida. Apenas puede hablar. Llora y parece que la sangre se le ha vuelto amarga.*

CARMEN: Vendrá un hijo para que este acto sea vengado. Será el día de la ira y todo el pueblo caerá en sus manos; este pueblo debe ser castigado. No respetará niños, ni mujeres, ni viejos, ni nadie, ni nadie, ni nadie.

*Carmen sale repitiendo la última palabra y llorando. Pasa cerca de Gladys, quien está con su esclava y sus maletas. La escena es lenta y llena de gran tensión, parece que el viento se ha detenido o ha abierto un hueco en Sabaiba. De pronto alguien grita emocionado: «¡La señora Gladys ha llegado!» La atmósfera cambia y se acercan a Gladys.*

GLADYS: Miren, esta es Dancalia. En esas maletas hay un regalo para cada uno, de Panamá o de África.

MUJER: Usted siempre se acuerda de nosotros, ¿verdad, señora Gladys?

GLADYS: Así es, siempre. ¿Aquí qué ha pasado?

HOMBRE 3: Una mujer borracha, señora Gladys, forastera, pero ya se ha marchado.

*La gente se acerca a las maletas y empieza a sacar ropa y a medírsela. Algunos se entretienen con la esclava. Gladys se dirige a un hombre que ha estado en una esquina, de espaldas. Ese hombre es Fabián.*

GLADYS: ¿Qué piensas hacer?

FABIÁN: Los voy a matar a todos.

GLADYS: No, no puedes, ya casi todos están muertos. Has llegado tarde, demasiado tarde, Fabián Romero.

FABIÁN: Debí haber llegado matándolos a todos.

GLADYS: Ellos son ya otra generación, se te adelantaron en la venganza, creo. Tú hablaste con los hijos; los agresores de tu madre, todos, a excepción de uno, han muerto.

FABIÁN: (*Rabioso.*) ¿Quién es? Quiero saberlo.

GLADYS: El viejo con el que hablas, el único que ha querido defenderte: él es, se llama Ruperto.

FABIÁN: ¿Y qué puedo hacer para vengarme de los muertos?

GLADYS: Es Mayo el que sabe de las venganzas entre los vivos y los muertos. (*Fabián sale. Gladys regresa con la gente del pueblo.*) Espero que les hayan gustado sus regalos. Mañana descanso y pasado mañana, martes, habrá una fiesta en los jardines del castillo para celebrar la llegada de Dancalia a Sabaiba; allí mismo se les darán a conocer las nuevas disposiciones morales para el buen gobierno, lleven un cuaderno para que copien el reglamento completo. También se les informará de los nuevos impuestos que habrá que pagar desde el mes próximo. Vamos, Dancalia, ahora conocerás el camino rojo y el castillo de Aztlán. (*Salen.*)

*La gente del pueblo sale comentando:*

- Ya decía yo que estos regalos no eran regalos.
- Mejor no nos hubiera traído nada.
- ¡Pinches aretes de semilla de aguacate que me tocaron.
- ¡Ay!, te van a dejar negras las orejas.
- Cuántos impuestos más se habrá inventado.
- Pronto nos va a hacer pagar el aire que respiramos.

AMA: (*A Arbel.*) Ya viene por el camino rojo.

ARBEL: Que venga.

AMA: No me gustaría, mi señor, que lo encontrara llorando.

ARBEL: No me verá, me iré por el jardín cuando la sienta entrar.

Estaré en el trapiche, en la molienda de la caña.

AMA: Es una mujer fuerte; los encaró y juró venganza. No va a perder al niño, es de buen barro y buena sangre.

ARBEL: Pero la golpearon.

AMA: Se fue completa. Si hubiera perdido al hijo no hubiera ido a amenazarlos con que él la vengaría.

ARBEL: Tus palabras son siempre un buen consuelo, ama. ¿Por qué sigo aquí y no corro a buscarla?

AMA: Porque está por llegar tu prima Gladys, y esposa; y ante todo está la casta, está la honra y la fama.

ARBEL: ¿Qué piensas de ese Fermín Vega, ama?

AMA: Te conozco muy bien, Arbel, mi señor, como que yo te he amamantado; ya fueron a buscarlo.

ARBEL: No lo quiero ver.

AMA: Para nada. En un hoyo muy profundo les dije que lo enterrarán.

ARBEL: ¿Y con el pueblo, qué hacemos?

AMA: Allí no te metas; es mi gente y mi raza. Ellos no tuvieron la culpa, los compraron.

ARBEL: No puedo olvidarlo.

AMA: Vete al trapiche, que ya siento a Gladys.

ARBEL: Ellos, todos, ama; no puedo olvidarlo, no puedo.

AMA: Ya te dije: les pagaron. El culpable es Fermín, a estas horas ya debe estar acuchillado. Con una botella los compraron.

ARBEL: ¿Tan muertos de hambre están?

AMA: Es tu boca quien lo dice. Vete, hijo, que Gladys ya está entrando.

*La siguiente escena es entre Fabián y Mayo. Aunque las acotaciones pidan que un personaje entre o salga, puede ya estar dentro o puede no salir si no es necesario. Siempre será preferible que los personajes ya estén dentro, que se manejen con mucha discreción, dejando el centro escénico a quien deba de tenerlo. Fabián y Mayo tendrían, pues, ya que haber entrado o nunca haber salido.*

FABIÁN: Mayo, a usted lo andaba buscando.

MAYO: Mucho has tardado. Me escondo en los rincones por las mañanas para dormir un poco, pero llegan los grillos y me cantan que despierte. No duermo, por la desesperación me estoy arrancando los cabellos con las manos porque ya no puedo. Si usted viniera esta noche y por mi ventana la escuchara, quizá entendería dos palabras, dos palabras que podrían ser la clave.

FABIÁN: Quiero vengarme de los que ofendieron a mi madre.

MAYO: Ya es tarde. Casi todos murieron un verano que hacía un calor insoportable. «Se deshidrataron», dijo el señor Arbel, y vimos cada día los cuerpos tirados por las calles y en las plazas. «Se deshidratan por el calor», dijo, y todos creímos en su palabra. Dijo el señor Arbel que llegaban las bocas del calor y les chupaban el agua y dejaban los cuerpos secos, como un cuero duro, como de caimán, y ya ni los velaban.

Los enterraban sin cajas y sin nada, esto dijo el señor Arbel y todos creímos en sus palabras. Es importante creer en las palabras, yo no puedo creer lo que ella dice porque no habla con palabras; intenta, desde luego, que la comprendan: ya tiene más de dos días llorando allí frente a mi ventana.

FABIÁN: Quiero vengarme en sus almas.

MAYO: Primero hay que sacar los huesos de donde mandaron enterrarlos; luego, por la noche, hay que venir a mi ventana y escuchar a esa ingrata que canta. No es como cualquier pájaro; no tienen las lechuzas los ojos por los lados: los tienen de frente, como nosotros, pero asustados. Usted la escucha, me cuenta, me traduce lo que habla y luego le dice que se vaya lejos, que acataremos sus palabras.

FABIÁN: Sacaré los huesos de todos para que se los coman los perros.

MAYO: Usted no, tiene que convencer a alguien.

FABIÁN: ¿Por qué yo no?

MAYO: Usted ya puede hacerlo Fabián, no puede. Lo que sí puede es ayudarme a reconciliar el sueño. Descubriremos todos los secretos, quitaremos los velos para ver bien, ¿viene?, ¿viene?

FABIÁN: Lo voy a pensar.

MAYO: Piénselo y no piense en la venganza de los muertos, yo lo voy a estar esperando a cualquier hora siempre, siempre.  
(Sale. Aparece Sor Joaquina.)

SOR JOAQUINA: Ya está próximo, Fabián, el regreso de los peces, los que nos llevarán a Roma.

FABIÁN: ¿Qué tal, hermana, cómo ha estado?

SOR JOAQUINA: Luchando con las telarañas que hay en los pasillos y en las ventanas. Esto es como la selva: todo está lleno de alimañas, de pequeñas bestias que el Todopoderoso ha creado. Todo en la naturaleza halla su nido: los pájaros anidan en los árboles y las golondrinas en los tejados. En mí ha



venido a anidar una pasión de ánimo; eres tú, tierno Fabián, quien puede arrancarla, hazlo.

FABIÁN: No, no puedo.

SOR JOAQUINA: Con listones de colores nadarán hasta Roma las toninas y tú y yo iremos de pie, cantando. Tres canciones he compuesto yo al Santo Padre y me mandó una carta donde me pide que vaya yo a cantárselas; pero él no sabe que guardo en el fondo y que me quema mi pasión de ánimo, por eso quiero que la arranques tú, para que yo quede libre y él pueda perdonarnos.

FABIÁN: No, puedo, no puedo. Estoy muy cansado.

SOR JOAQUINA: La divina Gladys es muy buena. Me trajo muchos regalos de un Panamá que está en África. A todos nos trajo algo la divina Gladys, ¿a ti qué te trajo?

FABIÁN: A mí me trajo otra pasión de ánimo muy diferente a la tuya, porque la mía anida en mi pecho; también me quema, pero no quiero que me la arranquen.

SOR JOAQUINA: Tienes que pedirle perdón al Santo Padre porque toda pasión engendra pecado. Ya me voy, voy a pedir por ti para que descanse tu alma. Dios te haya perdonado, Fabián Romero, te voy a rezar un padrenuestro. Dios te haya perdonado y que tu alma descanse en paz.

*Sor Joaquina sale masticando un padrenuestro. Fabián vuelve a encontrarse con Zacarías Fajardo, sus cabras y su ayale.*

FABIÁN: Usted me faltaba para cerrar el círculo.

ZACARÍAS: En este mundo todo es obsesivamente circular: la Tierra, el sol, los planetas, la noche, el día y la vida. Vivimos vidas circulares, ¿no fue un gran invento la rueda! Estaba allí, era cuestión de tomarla. ¿Quiere un poco de ayale, mi teniente? Me quedan dos bolas llenas, nos las tomaremos, ¿quiere?

FABIÁN: Ya deje de decirme «mi teniente», si usted podría ser mi padre.

ZACARÍAS: ¿Quieres ayale, muchacho?

FABIÁN: Viene. (*Bebe.*)

ZACARÍAS: (*Luego de una pausa.*) ¿Qué piensas hacer?

FABIÁN: Vengarme.

ZACARÍAS: Para eso has llegado tarde, Fabián Romero, se te adelantaron.

FABIÁN: Quedan los hijos y los nietos.

ZACARÍAS: ¡Ah!, pues eso es muy fácil. Por aquí, por arriba pasa un acueducto que lleva el agua dulce al pueblo. Vas allí, echas veneno un día, todos se mueren, ¿y luego?

FABIÁN: Luego la paz.

ZACARÍAS: ¿De quién?

FABIÁN: Mía y de mi madre.

ZACARÍAS: Tu madre. ¡Qué extraña mujer! Te crió alejado de tus dos hermanos y nunca los conociste ni te conocieron.

FABIÁN: Nunca.

ZACARÍAS: Viven en el pueblo; también ellos morirían con el veneno.

FABIÁN: ¿Quiénes son?

ZACARÍAS: Fabián, toda esta historia de los Villafoncurt, de tu madre y de Sabaiba, puede ser que yo te la haya contado o que la hayas soñado mientras dormías debido al bebedizo del ayale. O si te dijera que Gladys te mintió, o que la mitad de lo que te contaron no es verdad, o que nada es cierto, ¿qué harías? Hoy vas a aprender algo, y es que la verdad no existe. Yo te voy a mostrar la verdad. Fíjate en esto, esto fue lo que pasó. (*Le señala a Carmen y a Arbel sobre el camino rojo.*)

CARMEN: No, no, no, créeme, eres un hombre bueno.

ARBEL: ¿Algo te ha faltado?

CARMEN: Son los sueños, no me dejan; mis hijos se asoman a cada rato a mis sueños y me llaman. Él, el padre, es un despreocupado, no los quiere. No puedo dejarlos, Arbel; no tengo paz mientras sueño, despierto sobresaltada y me siento enferma. Déjame ir; iré por ellos y viviré con los tres en el pueblo, allí nacerá tu hijo.

ARBEL: Que se llame Fabián, Fabián Romero de Villafoncourt, como mi abuelo.

CARMEN: Así se hará, lo juro.

ARBEL: Pero no te irás sola, ¿no es cierto?

CARMEN: No, van un guía y tres mujeres del pueblo.

ARBEL: Te quiero tanto, Carmen. Te quiero como se quiere lo prohibido y se desea, así con ese flujo de arrojito y osadía; esto se lo oí decir a Quina y me ha gustado.

CARMEN: Yo debo confesarte, bien nacido Arbel Romero, que también en mis sueños aparece la figura de Fermín. La rudeza de Fermín, qué extraño, también aparece. Tú sabes que no he podido enamorarme de ti.

ARBEL: La gente no se enamora de la que debe enamorarse, sino de la que no debe. Me siento como próximo a una ruptura, una dolorosa ruptura, y a una despedida.

CARMEN: Nunca queremos a quien la razón nos dice que hay que querer, sino a quien nos dice el corazón.

ARBEL: Así lo entiendo.

CARMEN: Adiós.

ARBEL: Adiós. Este adiós que te doy es un adiós que tomo de una despedida entre dos adioses y con él te digo adiós, Carmen, con un adiós total. *(Se voltea de espaldas para que no lo vea llorar y se encamina hacia la salida.)* ¡Se va, se va Carmen, y se van con ella mi hijo, mis sueños, mis más caros anhelos, mi amor y mis esperanzas! Se va Carmen, se va. *(Sale. Aparece Fermín.)*

FERMÍN: Una palabra más que te hubiera dicho el desgraciado ese y no aguanto más y salgo y lo mato.

CARMEN: Yo quería que se despidiera desde el puente nuevo, pero no quería dejarme.

FERMÍN: No se hable más de eso.

CARMEN: Te veo delgado, ¿cómo diste conmigo? ¡El susto que me diste ayer cuando te asomaste por la ventana!

FERMÍN: (*Serio.*) ¿Traes un hijo de él?

CARMEN: Sí.

FERMÍN: (*Se enrisca los bigotes. Después de una pausa.*) Que nazca lejos y lo crías lejos de los otros y de mí. Vámonos para el pueblo.

*Se dirigen por lo pronto hacia Sabaiba. Cuando los ven venir algunos gritan: «¡Allá vienen, allá vienen!» La gente se reúne a la entrada del pueblo como formando un muro que impida la entrada.*

CARMEN: Queremos, por favor, un poco de agua.

UNA MUJER: No hay.

CARMEN: Vamos hasta Tehueco y el camino es largo. De aquí a Dautillos solo hay agua salada.

MUJER 2: Solo de esa nos queda, que es amarga.

MUJER 3: Como la deshonra.

MUJER 4: Como la vergüenza.

CARMEN: Yo puedo mantener mi frente muy alta y mirar más arriba que ustedes.

MUJER 1: No hay agua.

MUJER 2: Solo salada, solo de esa nos queda.

MUJER 3: Y es amarga.

CARMEN: Está bien, nos vamos.

OTRO ANCIANO: (*A Carmen.*) Es una decisión de ellas. Has venido a darles un hijo a los Villafoncurt, a prolongar la estirpe

de esta gente que ha venido comiéndonos las entrañas, eso es lo que nos duele. Gladys cada noche se desangra entre las sábanas y no tenían esperanzas.

CARMEN: Le estás negando el agua a una criatura que llevo en las entrañas; ya vendrá para vengarse de todos y será el día de la ira, cuando luego de unos granizales aparezca el teniente Fabián Romero de Villafoncurt; mientras esto no suceda pueden estar tranquilos.

MUJER 1: Yo pensé que el marido castigaría a esta y la expondría como lo haría un hombre con dignidad y con honra.

CARMEN: ¡Ea!, tú, no le piques la cresta a los gallos que te pueden sacar los ojos, y ciega solo servirás para tirar los miados.

EL MISMO ANCIANO: Esta mujer, Fermín, te ha faltado, y un hombre es un hombre, recuérdalo.

FERMÍN: Los dos nos hemos faltado; ya nos hemos perdonado.

CARMEN: Mi marido y yo nos hemos ofendido mucho, ya nos perdonamos porque estamos convencidos de que nos amamos, porque el amor... *(Irónica.)* Pero no voy a hablarles del insomnio a los que siempre están dormidos. *(Salen Carmen y Fermín. La tensión se irá disolviendo con la narración de Celso padre.)*

CELSE PADRE: Pues ya se fueron. ¡Lástima! Yo había soñado que el tal Fermín se pasaba tres días borracho en el pueblo con la música tocando y que cuando ella entraba todos la agarrábamos y que el marido gritaba que todo el que se revolcara con ella ganaría diez pesos y pues muchos del pueblo la jinetaban por allá por los arenales. Y soñé que justo cuando ella se libraba de todos y nos maldecía y nos amenazaba con su hijo, llegaba Gladys con su esclava llena de regalos para todos. *(Entra Gladys con lo que parecen ser regalos, pero son sábanas manchadas de sangre que la gente del pueblo toma y extiende.)*

GLADYS: Te juro, Fabián, por esa sangre, que la historia que te acaba de contar este hombre es falsa. ¡Jamás, Fermín, que era un soberano animal, se hubiera domesticado! Y ni es ese el lenguaje del pueblo ni es ese el lenguaje de tu madre. Además aquí la honra no es problema, es asunto de medievales. De cualquier manera, Fabián, es triste, pero debo anunciarte que se te ha hecho demasiado tarde.

*La gente del pueblo empieza a acercarse a Fabián con las sábanas ensangrentadas. Los demás personajes le cuchichean algo que seguramente les importaba. Ahora se ve una marcada diferencia entre los vivos y entre las ánimas. Fabián queda tirado sobre las sábanas. Todos se quedan inmóviles. Sale un hombre y explica todo mientras la luz va disminuyendo.*

HOMBRE QUE EXPLICA TODO: Al teniente Fabián Romero lo mataron las gentes del pueblo de Sabaiba el mismo día que llegó, por la noche, bajo la lluvia, después de una granizada. Lo mataron cuando dijo su nombre, por superstición y por miedo, y tiraron su cuerpo en las ruinas de una vieja casona no lejos del pueblo, sobre la cual se han inventado mil historias, porque al hombre siempre le han gustado los cuentos.

#### TELÓN

Nota: una vez que se ha cerrado el telón llega, entre el público una lechuza volando y se detiene sobre un reflector y canta: bubu, bubú.